

AMALIA.

POR

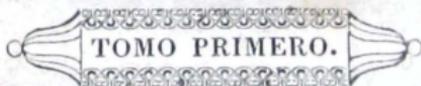
JOSÉ MÁRMOL.

SEGUNDA EDICION.

A los señores Carlos,

su amigo

el que ten



H. H. nov. 19/855.

BUENOS AIRES.

IMPRENTA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62.

1888



LOS EDITORES.



Al tomar su lugar entre las OBRAS COMPLETAS del Señor Mármol, que estamos publicando, este romance que tanto ha merecido la aceptación del público, y cuya conclusión ha sido esperada por tanto tiempo con jeneral interes, el lector no hallará nada de nuevo en la parte anteriormente publicada y de que hoy hacemos una segunda edición; pues que el autor ha preferido, á poner una línea mas, cortar, por el contrario, algunos pasajes que pudieran parecer demasiado ágricos en una época tan diferente de aquella en que comenzóse la publicación de esta novela.

Lo que será nuevo para aquellos que conozcan lo que hay publicado de la AMALIA, comienza desde el

capítulo *XII* de la *Parte V*, en que quedó suspendida la publicacion, en *Febrero de 1852*.

Con ello *se termina el romance*. Pero, así mismo, parece que él será continuado por otros que llenen, segun el plan del autor, el gran cuadro de los acontecimientos políticos en los últimos doce años de la dictadura, cuya crónica se propone escribir con la pluma del romance, que no es incompatible con la verdad de las relaciones históricas. Este sistema, tan comun en la literatura moderna de la *Europa*, es nuevo entre nosotros. El Señor *Mármol* ha sido el primero que lo ha empleado, y todavía es el único. Y de ahí, en gran parte, el interés que ha inspirado la *AMALIA*, y el que despertarán, es de creerse, sus obras siguientes en este jénero.

El *PEREGRINO*, del que apenas son conocidos cinco cantos, entrará á la prensa tan luego como se concluya la *AMALIA*; y los Editores de estas Obras esperan poder presentar en seguida nuevos trabajos del mismo autor; poniendo de su parte todo el esmero compatible con nuestros pobres establecimientos de tipografia, para la mejor correccion y limpieza de la impresion.

Buenos Aires, *Junio de 1855*.





ESPLICACION.



A mayor parte de los personajes históricos de esta novela existe aun, y ocupa la posicion política ó social que al tiempo en que ocurrieron los sucesos que van á leerse.—Pero el autor, por una ficcion calculada, supone que escribe su obra con algunas jeneraciones de por medio entre él y aquellos. Y es esta la razon porque el lector no hallará nunca los tiempos pre-

sentos empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros &a.

El autor ha creído que tal sistema convenía, tanto á la mejor claridad de la narracion, quanto al porvenir de la obra, destinada á ser leída, como todo lo que se escriba, bueno ó malo, relativo á la época dramática de la dictadura arjentina, por las jeneraciones venideras; con quienes entonces se armonizará perfectamente el sistema aquí adoptado, de describir bajo una forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad

Montevideo, Mayo de 1851.





PARTE PRIMERA.



CAPITULO I.

Traicion.



L 4 de Mayo de 1840, á las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

✓ Llegados al zaguan, oscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se para, y dice á los otros:

—Todavía una precaucion mas.

—Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche—contesta otro de ellos, al parecer el mas jóven de todos, y de cuya cintura pendia una larga espada, media cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

—Por muchas que tomemos serán siempre pocas,—replica el primero que habia hablado.—Es necesario que no salgamos todos á la vez. Somos seis; saldremos primeramente tres, tomaremos la vereda de enfrente; un momento despues saldrán los tres restantes, seguirán esta vereda, y nuestro punto de reunion será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

—Bien pensado.

—Sea, yo saldré adelante con Merlo, y el señor,—dijo el jóven de la espada á la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicacion. Y diciendo esto, tiró el pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando á la vereda

opuesta con los personajes que habia determinado, enfiló la calle de Belgrano, con direccion al rio.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos despues, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma direccion que aquellos, por la vereda determinada.

Despues de caminar en silencio algunas cuadras, el compaÑero del jóven. que conocemos por la distincion de una espada á la cintura, dijo á este, mientras aquel otro á quien habian llamado Merlo, marchaba adelante embozado en su poncho:

—Es triste cosa, amigo mio! Esta es la última vez quizá que caminamos sobre las calles de nuestro pais. Emigramos de él para incorporarnos á un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra!

—Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos.... Sin embargo, continuó el jóven despues de algunos segundos de silencio:—hai alguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

—Cómo lo contrario?

—Es decir, que piensa que nuestro deber de

argentinos es el de permanecer en Buenos Aires.

—A pesar de Rosas?

—A pesar de Rosas.

—Y no ir al ejército?

—Eso es.

—Bah, pero ese es un cobarde ó un mashorquerol

—Ni lo uno, ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad, y su corazón es el mas puro y noble de nuestra jeneracion.

—Pero qué quiere que hagamos, pues?

—Quiere,—contestó el jóven de la espada,—que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo á quien hay que combatir está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que menos número de hombres moriremos en las calles el dia de una revolucion, que en los campos de batalla en cuatro ó seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo. . . . Pero dejemos esto porque en Buenos Aires el aire oye, la luz vé, y las piedras ó el polvo repiten luego nuestras palabras á los verdugos de nuestra libertad. El jóven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos negros, cuya espresion melancólica se convenia perfectamente con la palidez

de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veinte y seis años de la vida.

A medida que la conversacion se habia animado sobre aquel tema, y que se aprocsimaban á las barrancas del rio, Merlo acertaba el paso, ó parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubria.

Llegados á la calle de Balcarce:

—Aquí debemos esperar á los demás,—dijo Merlo.

—Está usted seguro del parage de la costa en que habremos de encontrar la ballenera?—preguntóle el jóven.

—Mui seguro,—contestó Merlo.—Yo me he convenido á ponerlos á ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra, como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido; no para mí, porque yo soi tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar los hombres que los han de conducir á la otra Banda; y ya verán ustedes que hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del jóven en los de Merlo, cuando llegaron los tres hombres que faltaban á la comitiva.

—Ahora es preciso no separarnos mas,—dijo uno de ellos.—Siga usted adelante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al rio, cuyas olas se escurrian tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una brisa fresca del sur empezaba á dar anuncio de los próximos frios del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubria el Plata, desierto y salvaje como la Pampa; y el rumor de sus olas, que se desenvolvian sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecia mas bien la respiracion natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenian lugar los sucesos que referimos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura á las orillas del Rio de la Plata, en lo que se llama el *Bajo* en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese pa-

raje tiene de triste, de melancólico, y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la estension que ocupa el rio, y apenas puede divisar á la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, á dos ó tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningun ruido humano se percibe, y solo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubrementemente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado á ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó á la proscricion centenares de buenos ciudadanos, esos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas, en que se debia morir al puñal de la Mashorca si eran sentidos; ó decir ¡adios! á la patria, á la familia, al amor, si la fortuna les hacia pisar el debil barco que debia conducirlos á una tierra estraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época á que nos referimos, ademas, la salud del ánimo empezaba á ser quebrantada por el

terror: por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo antes que la conociéramos en la América.

A las cárceles, á las *personerías*, á los fusilamientos, empezaban á suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mashorca; por ese club de bandidos, á quien los primeros partidarios de Cromwell habrían mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror.

El terror, pues, que empezaba á apoderarse de todos los espíritus, no podía dejar de obrar su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencio por la costa del río, en direccion á Barracas, á las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crímen de lesa tiranía que con la muerte se castigaba irremediabilmente.

Nuestros prófugos caminaban sin cambiarse una sola palabra; y es ya tiempo de dar á conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos, era Juan Merlo: hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires, que se hermana con la jente civilizada por el ves-

tido, con el gaucho por su antipatía á la civilizacion, y con el pampa por sus habitudines holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demas.

A pocos pasos seguíalo el coronel D. Francisco Lynch, veterano desde 1813; hombre de la mas culta y escojida sociedad, y de una hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el jóven D. Eduardo Belgrano, pariente del antiguo jeneral de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que habia heredado de sus padres; corazon valiente y jeneroso, é intelijencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio. Este es el jóven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores.

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maisson, arjentinos todos.

En este órden habian llegado ya á la parte del Bajo que está entre la Residencia y la alta barranca que dá á Barracas en la calle de la Reconquista; es decir, se hallaban en paralelo con la casa que habitaba el ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se para y les dice:

—Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumerjieron en la oscuridad, buscando en el rio la embarcacion salvadora; mientras que Merlo parecia que la buscaba en tierra, pues que su vista se dirijia hácia Barracas, y no á las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

—No está,—dijo Merlo ;—no está aquí, es necesario caminar algo mas.

La comitiva le siguió en efecto ; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto á treinta ó cuarenta varas de distancia, en la misma direccion que llevaban ; y en el momento en que se volvia á comunicárselo á sus compañeros, un ¡quien vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, trayendo un repentino pavor al ánimo de todos.

—No respondan ; yo voi á adelantarme un poco á ver si distingo el número de hombres que es,—dijo Merlo, que sin esperar respuesta, caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hácia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silvido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente á aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo para sacar de sus bolsillos una de las pistolas que llevaba, y antes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maisson y Oleden pueden disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen tambien como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que le atropella, pero rueda tambien á su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, Oleden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asir por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda é imperante, que

blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos hechas pedazos ya á su garganta para defenderla. . . todo es en vano. . . ! El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto á grandes tajos; y, en los borbollones de la sangre, se escapa el alma de las víctimas á pedir á Dios la justicia debida á su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles alhajas y dinero; entretanto que nadie se vé ni se entiende en la oscuridad y confusión de esta escena espantosa, á cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo cuerpo expansivamente elástico, tomaba en cada segundo de tiempo, formas, estension y proporciones diferentes: era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa casi de un salto un espacio de quince pies en dirección á las barrancas. Esto solo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar

su empuje; plan que su rápida imaginacion concibió y ejecutó en un segundo; tiempo que le habia bastado tambien para desenvainar su espada, arrancarse la capa que llevaba prendida al cuello, y recojerla sobre su brazo izquierdo.

Pero si habia librádose del choque de los caballos, no habia evitado el ser visto, á pesar de la oscuridad de la noche, que por momentos embozaba la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y otro mas, hacen jirar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Este no vé, adivina, puede decirse, la accion de los asesinos, y, dando un salto hácia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchon que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnicion en el pecho del hombre que tiene á su derecha. Cadáver ya, aun no ha caido ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en direccion á la ciudad.

En ese momento tres asesinos mas se reunen al que acababa de sentir caer el cuerpo de su compa-

ñero á los pies de su caballo, y los cuatro cargan entonces sobre Eduardo.

Este se desliza rápidamente hácia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de su caída; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la acción de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo entonces tira su capa y retrocede diez ó doce pasos mas. La idea de tomar la carrera pasa un momento por su imaginación; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postrarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto.

Esta reflexión, súbita como la luz, sin embargo no había terminado en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el otro armado de un cuchillo de matadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe á los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques par-

ciales que le formasen el círculo que pretendian. Los tres de sable lo acometen con r bia, lo estrechan y dirijen todos los golpes   su cabeza ; Eduardo los pára con un doble círculo, y, haciendo dilatar la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza á ganar hácia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendia, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en sus vértigos de sangre y de furor no perciben que se hallan ya á doscientos pasos de sus compañeros ; cumpliéndose mas en cada momento la intencion de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la oscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentia que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiracion de su pecho. Sus contrarios no se cansan menos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita   los otros con palabras de demonio ; pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, este tira dos cortes   derecha   izquierda con toda

la estension de su brazo, amaga á todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro de sus asesinos, ganándoles algunos pasos mas hácia la ciudad.

El hombre del cuchillo acababa de perder este y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza á perder la fuerza en la sangre abundante que se escurria de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigan con teson, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenia en su mano izquierda. Este último, que no habia comprendido la intencion de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazon. El poncho habia llegado á su destino: la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos en él; no se turba su espíritu, sin embargo: dá un salto atrás; su mano izquierda, libre de su capa que habia arrojado desde el principio del combate, coje el poncho y empieza á desenvolverlo de la cabeza, mientras su diestra describe círculos con su espada en todas di-

recciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra á lo largo de su costado izquierdo, y el filo de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho.

—Bárbaros!—dice Eduardo;—no conseguireis llevarle mi cabeza á vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!

Y, recojiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, pára en tercia una estocada que le tira su contrario mas prócsimo; y, desenganchando, se vá á fondo, en cuarta, con toda la estension de su cuerpo: dos hombres caen á la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo que no ha tenido fuerzas para volver á su primera posicion, y que cae sin perder, empero, su conocimiento, ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aun se precipitan sobre él.

—Aun estoi vivo! grita Eduardo con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que habia resonado en ese lugar é interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz

se repitieron en mucha estension de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenia á su lado, y, tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavia sostener su desigual combate.

Aun en ese estado los asesinos se le aproximan con recelo. El uno de ellos se acerca por los pies de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posicion, ni fuerza para parar. La impresion del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero á ese tiempo la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, dá con su cabeza en tierra, é hinca sobre su pecho una rodilla.

—Ya estás, unitario, ya estás agarrado!—le dice,—y volviéndose al otro que se habia abrazado de los pies de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquel se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavia por desasirse de las manos que le oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le dá su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el Cielo, lleva el cuchillo á la garganta del joven.

Pero en el momento que su mano iba á hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba á ser su víctima.

—A tí tambien te irá tu parte!—dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caido del Cielo, se dirige con su brazo levantado hácia el último de los asesinos, que, como se ha visto, estaba oprimiendo los piés de Eduardo, por que, aun medio muerto, temia acercarse hasta sus manos. El bandido se para, retrocede, y toma repentinamente la huida en direccion al rio.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso: se vuelve á aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de este es pronunciado luego por el desconocido con toda la expresión del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que había caído sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, é hincando una rodilla en tierra suspende el cuerpo del joven y reclina su cabeza contra su pecho.

—Todavía vive! dice, después de haber sentido su respiración. Su mano toma la de Eduardo, y una leve presión le hace conocer que vive, y que le ha conocido.

Sin vacilar alza entonces la cabeza, jira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma á Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y, cargándolo al hombro, marcha hácia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del Sr. Mandeville.

Su marcha segura y fácil hace conocer que aquellos parajes no eran estraños á su planta.

—Ah! esclama de repente, apenas faltará media cuadra. . . . y tengo que descansar por que y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que á los dos cubria. Eduardo!—le dice poniéndole sus labios en el oído;—Eduardo!

soi yo, Daniel; tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entrea-bre los ojos. Su desmayo, oriĝinado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba á pasar, y la brisa fria de la noche á reanimarle un poco.

—Huye. . . . Sálvate Daniel!—fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

—No se trata de mi, Eduardo; se trata de. . . . á ver. . . . pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprime lo mas fuerte que puedas. . . . pero ¿qué diablos es esto? ¿Te has batido acaso con la mano izquierda, que conservas la espada empuñada con ella? Ah, pobre amigo, esos bandidos te habrán herido la derecha! . . . y no haber estado contigo yo! Y durante hablaba asi, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le liciese comprender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas, Daniel cargó de nuevo á Eduardo, que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacía una débil fuerza sobre los hombros de su

libertador, y lo llevó en sus brazos segunda vez, en la misma direccion que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido un poco de la vida que le habia arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño:

—Basta, Daniel,—dice,—apoyado en tu brazo creo que podré caminar un poco.

—No hai necesidad,—le responde éste, poniéndole suavemente en tierra;—ya estamos en el lugar donde queria conducirte.

Eduardo quedó un momento de pié; pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso y al tomar esa posicion, todos los músculos heridos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del jóven.

—Ya me imaginaba que nó podrias estar de pié,—dijo Daniel, finjiendo naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se habia helado, sospechando entonces que las heridas de Eduardo eran mortales.—Pero, felizmente,—continuó,—ya estamos aquí, aquí donde podré dejarte en seguridad mientras voi á buscar los medios de conducirte á otra parte.

Y diciendo esto habia vuelto á cargar á su ami-

go y descendiendo con él, á fuerza de gran trabajo, á lo hondo de una zanja de cuatro ó cinco piés de profundidad, que dos días antes habian empezado á abrir á distancia de veinte piés del muro lateral de una casa sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querida carga; casa que no era otra que la del Ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

Daniel sienta á su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta donde se siente herido.

—No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles,—dice Eduardo tomando la mano de Daniel y llevándola á su hombro derecho y á su muslo izquierdo.

Daniel respira entonces con libertad.

—Si solamente estas herido ahí,—dice,—no es nada mi querido Eduardo;—oprimiéndolo en sus brazos con toda la efusion de quien acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa; pero á la presion de sus brazos Eduardo exhala un ¡ay! agudo y dolorido.

—Debo estar tambien.... si.... estoi herido aquí, dice llevando la mano de Daniel á su cos-

tado izquierdo. . . . pero sobre todo, el muslo. . . . el muslo me hace sufrir horriblemente.

—Éspera.—Dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido.—Esto á lo menos,—continúa,—podrá contener algo la hemorragia, ahora venga la cintura ¿es aquí donde sientes la herida?

—Sí.

—Entonces. . . . aquí está mi corbata,—y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto hace y dice finjiendo una confianza que habia empezado á faltarle desde que supo que habia una herida en el pecho, que podria haber interesado alguna entraña. Y dice y hace todo entre la oscuridad de la noche, y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda. Y como un sarcasmo de esa posicion terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era tambien, los sonidos de un piano llegaron en ese momento á sus oidos: el señor Mandeville tenia esa noche una pequeña tertulia en su casa.

—Ah!—dice Daniel, acabando de vendar á su amigo:—S. E. inglesa se divierte!

—Mientras á sus puertas se asesinan á los ciudadanos de este pais!—esclama Eduardo.

—Y es precisamente por eso que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés sino en cuanto represente fielmente á la Inglaterra; y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las viudas de los hotentotes; con la sola diferencia, que estas lo hacen de dolor, y aquella de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea nacida de una cabeza cuya imaginacion él conocia y admiraba tanto; é iba á hablar cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los lábios.

—Siento ruido,—le dice al oido, buscando á tientas la espada.

Y en efecto no se habia equivocado. El ruido de las pisadas de dos caballos se percibia claramente, y un minuto despues el éco de voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacia mas perceptible por instantes; entendiéndose al fin clara y distintamente la voz de los que venian conversando.

—Oye,—dice uno de ellos, á diez ó doce pasos de la zanja,—saquemos fuego y á la luz de un cigarro

podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme á casa.

—Bajemos entonces,—responde aquel á quien se habia dirijido, y dos hombres se desmontan de sus caballos, sonando la vaina de laton de sus sables al pisar en tierra.

Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo, y, caminando hácia la zanja, vinieron á sentarse á á cuatro pasos de Daniel y Eduardo.

Uno de los dos recién llegados sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un grueso cigarro de papel, y dijo al otro :

—A ver, dame los papeles uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de Banco, y dió uno de ellos á su compañero; quien tomándolo con la mano izquierda lo aprosimó á la brasa del cigarro que tenia en la boca, y aspirando con fuerza iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada por la aspiracion.

—100 l—dice aquel que habia entregado el billete, y cuya cara se habia juntado con la del otro para ver junto con él el número

—100!—dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operacion que con el primer billete, se hace con 30 de igual valor; y despues de repartirse 1,500 pesos cada uno de los dos hombres, mitad de los 3,000 que sumaban los 30 billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles:

—Yo creia que sería mas! Si hubiésemos degollado al otro nos hubiese tocado la bolsa de onzas!

—Y á donde se iban esos unitarios? al ejército de Lavalle ¿no es verdad?

—Pues! Y á donde se habian de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos para que tuviéramos de estas todas las noches.

—Pero, y si alguna vez entra Lavalle y alguien nos delata!

—Qué! Nosotros somos mandados; y cuando veamos la cosa mal, nos pasaremos; entretanto yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soi de la jente de confianza del Comandante.

—Fiaté mucho! Que nos eche de menos luego, y verás tú y yo lo que nos pasa!

—Oh! y él no nos mandó por este lado, y á Moraes por el Retiro, y á Diego con cuatro mas por las calles, á buscar al que se escapó? Entonces, le decimos mañana que hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

—Pero ¡qué susto llevaba Camilo cuando fué á avisarle al Comandante! Le dijo que salieron cuatro á proteger al unitario, pero no le ha de haber creído porque sabe que es flojo.

—Sí pero los otros no eran flojos, y uno solo no los habia de matar. Por mi parte, yo no los busco.

—Qué buscarlos! Yo me voi á la Boca,—dijo aquel que habia traído los billetes en el sombrero, levantándose y montando tranquilamente en su caballo, mientras el otro se dejó estar sentado.

—Bueno,—dice éste,—ándate no mas; yo voi á acabar mi cigarro antes de irme á casa; mañana te iré á buscar de madrugada para que nos vamos al cuartel.

—Entonces, hasta mañana,—dice aquel, dando vuelta su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos despues, el que se habia quedado mete la mano al bolsillo, saca una cosa

que aprocsima á su cigarro en la boca, y la contempla á la claridad que esparcía la brasa.

—Y es de oro el reloj!—dice.—Esto nadie me lo vió sacar; y la plata que me den por él no la parto con ninguno.

Y veia y volvia á ver el reloj á la luz de su cigarro.

—Y está andando!—dice, aplicándoselo al oido—pero yo no sé.... yo no sé como se sabe la hora....—y volvia á iluminar su preciosa alhaja....—esta es cosa de unitarios!.... la hora que yo sé es que serán las doce, y que....

—Esa es la última de tu vida, bribon,—dice Daniel dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante sin dar un solo grito, el mismo golpe que habia dado en la cabeza de aquel que puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo; golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibracion, ocasionado por un instrumento que Daniel tenia en sus manos, mui pequeño y que no conocemos todavia, el cual parece que hacía sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañon que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer no habian dado un solo grito.

Daniel, que habia salido de la zanja, y llegádose como una sombra hasta el bandido, luego que le dió el golpe en la cabeza, tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja, y sin soltarla, bajó y dió un abrazo á su amigo.

—Valor! valor! mi Eduardo; ya estás libre. . . . salvo. . . . la Providencia te envia un caballo que era lo único que necesitábamos!

—Sí, me siento un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas. . . . no puedo estar de pié.

—No hagas fuerza,—dice Daniel; que carga otra vez á Eduardo y lo sube al borde de la zanja. En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consigue montar á Eduardo sobre el caballo que se inquietaba con las evoluciones que se hacian á su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se monta en la gurupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo, toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y lo hace subir inmediatamente por una barranca inmediata á la casa del señor Mandeville.

—Daniel, no vamos á mi casa porque la encontramos cerrada. Mi criado tiene órden de no dormir en ella esta noche.

—No, no por cierto, no he tenido la idea de querer pasarte por la calle del Cabildo á estas horas, en que veinte serenos alumbrarian nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

—Bien, pero tampoco á la tuya.

—Mucho menos, Eduardo; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida: y llevarte á mi casa seria haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

—Y adonde, pues?

—Ese es mi secreto por ahora. Pero no me hagas mas preguntas. Habla lo menos posible.

Daniel sentia que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dió un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le anublaba la vista y lo desfallecia; pero felizmente le pasó pronto.

Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin á la calle de la Reconquista, y tomó la direccion á Barracas; atravesó la del Brasil y Patagones y tomó á la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no habia edificio alguno sino los fondos de ladrillo

ó de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela dá salida á la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas, causan temor de dia mismo á los que se dirijen á Barracas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, ó la de Balcarce, antes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente si el terreno está húmedo. A esa barranca llegó Daniel, y las mismas calidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía por la que le daba preferencia. Además, él conocia perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo habilmente su caballo, sin el mínimo contratiempo.

Llegado á la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló á la derecha, y recostándose á la orilla del camino, llegó al fin á la calle Larga de Barracas sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios, lo mas aprosimado á ellos que le fué posible, é hizo tomar el trote largo á su caballo, como que quisiera salir de ese camino frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, jira sus ojos, y convencido de que no veía ni oía nada, hace tomar el paso á su caballo, y dice á Eduardo :

—Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

—Donde?—le pregunta Eduardo con voz sumamente desfallecida.

—Aquí,—le responde Daniel, subiendo el caballo á la vereda de una casa por cuyas ventanas, cubiertas con celosías, y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se trasparenteaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo á las rejas, é introduciendo su brazo por ellas y las celosías, tocó suavemente en los cristales. Nadie respondió, sin embargo. Volvió á llamar segunda vez, y entonces una voz de mujer preguntó con un acento de recelo :

—Quien és?

—Yo soi, Amalia, yo, tu primo.

—Daniel ¡—dijo la misma voz, aprocsimándose mas á la ventana la persona del interior.

—Sí; Daniel.

Y en el momento la ventana se abrió, la celosía fué alzada, y una mujer jóven y vestida de negro inclinó su cuerpo hasta tocar las rejas con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo retiróse de esa posicion, como sorprendida.

—No me conoces, Amalia? Oye: abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes á los criados; ábrela tú misma.

—Pero, qué hai Daniel?

—No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me vá la vida, mas que la vida ¿lo entiendes ahora?

—Dios mio!—esclama la jóven, que cierra la ventana, que se precipita á la puerta de la sala, de esta á la de calle, que abre sin cuidarse de hacer poco ó mucho ruido, y que saliendo hasta la vereda dice á Daniel:

—Entra!—Pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad sublime que solo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa, cuando ejecutan alguna accion de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiracion.

—Todavia nó, dice Daniel, que ya estaba en

tierra con Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo llega á la puerta.

—Ocupa mi lugar, Amalia; sostén á este hombre que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo que recostado contra el marco de la puerta, hacía esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda que le pesaba enormemente.

—Gracias, señorita, gracias!—dice con voz llena de sentimiento y de dulzura.

—Está usted herido?

—Un poco.

—Dios mio!—esclama Amalia, que sentia en sus manos la humedad de la sangre.

Y mientras se cambiaban estas palabras, Daniel habia conducido el caballo al medio del camino, y poniéndolo en direccion al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintarazo en la anca con la espada de Eduardo, que no habia abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal, y tomó el galope en aquella direccion.

—Ahora,—dice Daniel,—adentro!—acercándose á la puerta, levantando á Eduardo por la cintura

hasta ponerlo en el zaguan, y cerrando aquella. De ese mismo modo lo introdujo á la sala, y puso, por fin, sobre un sofá á aquel hombre á quien habia salvado y protegido tanto en aquella noche de sangre; aquel hombre lleno de valor moral y de espíritu todavía, y cuyo cuerpo no podia, sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.



CAPITULO II.

La primera curacion.



UANDO Daniel colocó á Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre á la jóven prima de Daniel, pasó corriendo á un pequeño gabinete contiguo á la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro, una peque-

ña lámpara de alabastro, á cuya luz la jóven leía las Meditaciones de Mr. Lamartine cuando Daniel llamó á los vidrios de la ventana, y volviendo á la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba eciesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo, y los rizos de su cabello castaño claro, echados atrás de la oreja pocos momentos antes, no estorbaron á Eduardo descubrir, en una mujer de 20 años, una fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de espresion y sentimiento, y una figura hermosa, cuyo traje negro parecería escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aprosimó á la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima la dijo :

—Amalia, en las pocas veces que nos vemos te he hablado siempre de un jóven con quien me liga la mas íntima y fraternal amistad ; ese jóven, Eduar-

do, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son *oficiales*, son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo, y salvarlo.

—Pero qué puedo hacer yó, Daniel?—le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hácia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecia la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

—Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa; ¿dudas que yo te halla querido siempre como un hermano?

—Oh, no, Daniel; jamás lo he dudado!

—Bien—dice el joven poniendo sus labios sobre la frente de su prima,—entonces lo que tienes que hacer, es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves á quedar dueña de tu casa, y de mí, como siempre.

—Dispon; ordena lo que quieres; yo no podria tampoco concebir una idea en este momento,—dijo Amalia cuya tez iba volviendo á su rosado natural.

—Lo primero que dispongo es que traigas tú

misma, sin despertar á ningun criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oír concluir la última sílaba y corrió á las piezas interiores.

Daniel se acercó luego á Eduardo, en quien el momentáneo descanso que había gozado empezaba á dar expansimiento á sus pulmones, oprimidos hasta entonces por el dolor y el cansancio, y le dijo:

—Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de que te he hablado tantas veces, y que despues de su regreso de Tucuman, hace cuatro meses que vive solitaria en esta Quinta. Creo que si la hospitalidad no agrada á tus deseos, no les sucederá lo mismo á tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante volviendo su semblante á su gravedad habitual, exclamó:

—Pero es un proceder cruel; voi á comprometer la posicion de esta criatura!

—Su posicion?

—Sí, su posicion. La policía de Rosas tiene tantos ajentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. Mañana

sabrás Rosas donde estoi, y el destino de esta jóven se confundirá con el mio!

—Eso lo veremos,—dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo.—Yo estoi en mi elemento cuando me hallo entre las dificultades. Y, si en vez de escribímelo, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga; ciento contra uno á que no tendrías en tu cuerpo un solo araño.

—Pero tú ¿cómo has sabido el lugar de mi embarque.

—Eso es para despacio, contestó Daniel sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos azucarado.

—Oh, mi linda prima,—dijo Daniel,—los Dioses habrían despedido á Hebé, y dádote la preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará mientras viene un médico. Y en tanto que suspendia la cabeza de su amigo y le daba á beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar por primera vez á Eduardo, cuya palidéz y espresion do-

lorida del semblante le daba un no sé qué de mas impresionable, varonil y noble; y al mismo tiempo para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecian dos figuras como no habia imaginándose jamás: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y sangre.

—Ahora,—dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia,—¿el viejo Pedro está en casa?

—Sí.

—Entonces vé á su cuarto, despiértalo, y dile que venga.

Amalia iba á abrir la puerta de la sala para salir, cuando la dice Daniel :

—Un momento, Amalia, hagamos muchas cosas á la vez para ganar tiempo, ¿donde hai papel y tintero?

—En aquel gabinete, responde Amalia señalando el que estaba contiguo á la sala.

—Entonces, anda á despertar á Pedro.—Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó á otra habitacion, que era la alcoba de su prima, de ésta á un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus

manos.—Oh! exclamó mirándose en el espejo del tocador mientras se lavaba las manos; si Florencia me viese así, bien creería me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando la quiero robar un beso y está enojada se me escaparía hasta la Pampa! Bueno! continuó secándose sus manos en un riquísimo tejido del Tucuman, allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo; y también beberé, porque el diablo se lleve á Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirle! Y diciendo esto, se echó á la garganta media docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentose delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecía ajena del carácter del jóven, escribió dos cartas, las cerró, púsolas el sobre, y entró á la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentía. Al mismo tiempo la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el

cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzon de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver á Daniel de pié en medio de la sala, y sobre el sofá un hombre tendido y manchado de sangre.

—Yo creo, Pedro, que no es á usted á quien puede asustarle la sangre. En todo lo que usted vé no hai mas que un amigo mio á quien unos bandidos acaban de herir gravemente. Aprocí-mese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tio el Coronel Sáenz, padre de Amalia?

—Catorce años, Señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junin, en que el Coronel cayó muerto en mis brazos.

—A cual de los Jenerales que lo han mandado ha tenido usted mas cariño y mas respeto: á Belgrano, á San Martin, ó á Bolivar?

—Al Jeneral Belgrano, Señor;—contestó el viejo soldado sin hesitar.

—Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mí, una hija y un sobrino de su Coronel, y allí

tiene usted un sobrino del Jeneral Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

—Señor, yo no puedo ofrecer mas que mi vida, y esa está siempre á la disposicion de los que tengan la sangre de mi Jeneral y de mi Coronel.

—Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no solo valor sino prudencia, y sobre todo secreto.

—Está bien, Señor.

—Nada mas, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazon honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

—Sí, Señor; patriota viejo,—dijo el soldado alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

—Bien; vaya usted,—continuó Daniel,—y sin despertar á ningun criado, ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese, y venga.

El veterano llevó su mano á la sien derecha, como si estuviese delante de su jeneral, y, dando media vuelta marchó á ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos despues, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó jirar sobre sus goz-

nes el porton de la Quinta, y en seguida apareció en la sala, cubierto con su poncho, el viejo soldado de quince años de combates.

—Sabe usted Pedro, la casa del Doctor Alcorta!

—Trás de San Juan?

—Allí.

—Si, Señor.

—Pues irá usted á ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta, diciendo que, mientras se prepara el Doctor, usted vá á una diligencia, y volverá á buscarlo. En seguida pasará usted á mi casa, llamará despacio á la puerta, y á mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento le dará usted esta otra carta.

—Bien, Señor.

—Todo esto lo hará usted á escape.

—Bien, Señor.

—Otra cosa mas. Le he dado á usted una carta para el Doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar, antes que dejarse arrancar esa carta.

—Bien, Señor.

—Nada mas, ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche,—dijo Daniel mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea,—á la una y media usted puede estar de vuelta con el Doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma venia que anteriormente, y salió. Algunos segundos despues sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovia con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal á su prima de pasar al gabinete inmediato, y, despues de recomendar á Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo:

—Ya sabes cual ha sido mi eleccion; ¿á quién otro podria llamar, tampoco, que nos inspirase mas confianza?

—Pero, Dios mio, comprometer al Doctor Alcorta!—esclamó Eduardo—Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se espongan por ella una mujer como tu prima, y un hombre como nuestro maestro.

—Estás sublime esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá mas que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos á los buenos, y los pícaros se deben á los pícaros. La sociedad de nuestro pais ha empezado á dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no querramos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

—Pero Alcorta no se ha comprometido, y sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

—Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada jóven de nuestros amigos, cada hombre de la jeneracion á que pertenecemos, y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del Doctor Alcorta. Somos sus ideas en accion; somos la reproduccion multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la Cátedra, él ha encendido en

nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande : por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el Doctor Alcorta. Frías, es el Doctor Alcorta en el ejército; Alberdi, Gutierrez, Irigoyen son el Doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí bañado en tu sangre, que acabas de esponder tu vida por huir de la patria, antes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificación de las ideas de nuestro Catedrático de Filosofía, y . . . — pero, bah! que tonterías estoy hablando!—clamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrían sobre el rostro cadavérico de Eduardo—Vaya! vaya! no hablemos mas de esto, Déjame hacer las cosas á mí solo, que si nos lleva el diablo nos llevará á todos juntos; y á fé, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, mientras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima, que, al ver las de su amigo, ha-

bia brotado de la exquisita sensibilidad de este joven, que mas tarde haremos conocer mejor á nuestros lectores.

—Daniel,—le dice Amalia al entrar al gabinete, parada y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro,—yo no sé que hacer, tú, y tu amigo están cubiertos de sangre, necesitan mudarse, y yo no tengo mas trages que los míos.

—Que nos sentarian perfectamente, si nos dieses tambien un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por Ahora, ven acá—Y llevando á su prima á un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó á su lado y continuó:

—Dime, Amalia, ¿cuales son los criados en que tienes una perfecta confianza?

—Pedro, Teresa una criada que he traído de Tucuman, y la pequeña Luisa.

—Cuales son los demas?

—El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la Quinta.

—El cochero y el cocinero son hombres blancos?

—Si.

—Entonces, á los blancos por blancos, y á los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

—Pero crees tú.....?

—Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y jenerosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una órden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta á las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mashorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese conolido de la situacion actual de nuestro pais. Solo hai en la clase baja una escepcion, y son los mulatos; los negros están ensobérbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propension que hai en esa raza mezclada á elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la jente ilustrada y culta, á que siempre toman ellos por modelo.

—Bien, los despediré mañana.

—La seguridad de Eduardo, la mía, la tuya propia, lo pèsijen así. Tú no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado á un desgraciado, y

—Oh! no, Daniel, no me hables de eso! Mi casa, mi fortuna, todo está á la disposicion tuya y de tu amigo!

—No puedes arrepentirte, decia, y debes, sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegacion, no dé armas contra tí á nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir tus criados, te resarcirás pronto. Además, Eduardo no permanecerá en tu casa, sino los dias indispensables que determine el médico; dos, tres á lo mas.

—Tan pronto! oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y sería asesinarlo el levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda, podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mias.

—Gracias! gracias, mi Amalia! Bien sé que

tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora, es necesario que vamos á preparar al cama en que se habrá de acostar despues de su primera curacion.

—Sí. . . . por acá ; ven,—y tomando una luz pasó con Daniel á su alcoba, y de esta á su tocador.

Pero antes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones.

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes lijeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa , estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hácia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hácia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, ó las juntaban con rapidéz. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco era tan espeso que el pié parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre

él. Una cama francesa de caoba labrada, de cuatro pies de ancho, y dos de alto, se veía en la estrechidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo-raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendían las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa que parecía una ténue neblina abriantada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared, había una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal; una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta

de terciopelo azul, marcado á fuego, y delante de la cama, estaba estendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los pies de la cama, se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego una papelera con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo á la sala se descubrian dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenian dentro, las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y por último: una mesa de palo de naranjo apenas de dos pies de diámetro, colocada á la estremidad de la otomana, contenía, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa—la mas preciosa de todas—completaba el ajuar de este aposento, y era, un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apenas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto á ella.

El retrete de vestirse, estaba empapelado del

mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían á un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales habia desordenado Daniel pocos momentos antes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso ; y en continuacion á ella, una bañera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañera ; y los otros, frente á los espejos de los guarda-ropas ; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hácia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa, estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal, con un ramo de flores cada una ; y sobre cuatro rinconeras de caoba, brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirable. Seis magníficos cuadros de paisaje, y cuatro jilgueros dentro jaulas de alambre dorado, completaban el retrete

de Amalia, en quien la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba á un pequeño jardín en el pátio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crepon celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos, habia una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormia Luisa, jóven destinada por Amalia á su servicio inmediato.

Ahora, sigámosla que entra al aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que, tomando una llave de sobre una mesa, abre la puerta de ese aposento que dá al pátio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto á sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible, una puerta, en un corredor que cuadraba á aquel, entra, siempre con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, á un aposento amueblado.

—Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo, que vino del Tucuman y partió de regreso hace tres dias. Este aposento tiene todo cuanto puede necesitar Eduardo.—Y diciendo esto Amalia, abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y arregló todo en la habitación, mientras Daniel se

ocupaba de ecsaminar con esmero un cuarto contiguo, y el comedor que le seguía, cuya puerta al zaguan estaba enfrente de aquella de la sala, por donde una hora antes habia entrado él con Eduardo en los brazos.

—Donde mira esta ventana?—preguntó á su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba á ocupar Eduardo.

—Al corredor por donde se entra de la calle á la Quinta, por el gran porton. Sabes que todo el edificio está separado, hácia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el porton, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí que ha salido Pedro.

—Es verdad, lo recuerdo. . . . pero. . . . ¿no oyes ruido?

—Si. . . .

—Son. . . .

—Son caballos á galope. . . .—y el corazon de Amalia le batia en el pecho con violencia.

—Es probable que. . . se han parado en el porton,—dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago, y

abriendo un postigo de la ventana que daba al cor-
redor de la Quinta.

—Quién será, Dios mio!—esclamó Amalia, páli-
da y bella como una azucena en la tarde.

—Ellos,—dice Daniel que habia pegado su cara
á los vidrios de la ventana.

—Quiénes?

—Alcorta y Pedro. . . . oh! el bueno, el noble,
el jeneroso Alcorta! y corrió á traer la luz que
habia ocultado.

En efecto, era el viejo veterano de la Indepen-
dencia, y el sábio catedrático de filosofía, médico
y cirujano al mismo tiempo.

Pedro hízole entrar por el porton, llevó los caba-
llos á la caballeriza, y luego lo condujo por la ver-
ja de hierro, de cuya puerta él tenia la llave.

—Gracias, Señor!—dice Daniel, saliendo á en-
contrar al Doctor Alcorta en el medio del pátio, y
oprimiéndole fuertemente la mano.

—Veamos á Belgrano, amigo mio.—Dijo Alcor-
ta apresurándose á cortar los agradecimientos de
Daniel.

—Un momento,—dijo este, conduciéndole de
la mano al aposento donde permanecia Amalia,

mientras el viejo Pedro los seguía con una caja de jacarandá debajo del brazo.—¿ Ha traído, usted, Señor, cuanto cree necesario para la primera curación, como se lo supliqué en mi carta ?

—Creo que sí, respondió Alcorta, haciendo una reverencia á Amalia,—lo único que necesitaré son vendajes.

Daniel miró á Amalia, y ésta partió volando á sus habitaciones.

—Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿ Creé usted que lo debemos traer aquí antes del reconocimiento ?

—Es necesario,—respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

—Pedro,—dijo Daniel,—espere usted en el patio ; ó mas bien, vaya usted á enseñar á Amalia como se cortan vendas para heridas : usted debe saber esto perfectamente. Ahora, Señor, ya debo decir á usted lo que no le he dicho en mi carta : las heridas de Eduardo son oficiales.

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apenas.

—Cree usted que no lo he comprendido ya?— respondió, y una nube de tristeza empañó ligeramente su semblante. . . .—Veamos á Belgrano, Daniel,—dijo despues de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio, y entró á la sala por la puerta que daba al zaguan.

En ese momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza, y, al ver á Alcorta de pié junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

—Quietto, Belgrano,—dijo Alcorta con voz conmovida y llena de cariño;—quietto, aquí no hai otro que el médico.—Y, sentándose á la orilla del sofá, ecsaminó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

—Bueno!—dijo al fin,—vamos á llevarlo á su aposento.

A ese tiempo, entraban á la sala por el gabinete Amalia y Pedro.

La jóven traia en sus manos una porcion de

vendas de jénero de hilo no usado todavía, que habia cortado segun las indicaciones del veterano.

—Le parecen á usted bien de este ancho, Doctor?—preguntó Amalia.

—Sí, Señora. Necesitaré una palangana con agua fria, y una esponja.

—Todo hay en el aposento.

—Nada mas, Señora,—dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la espresion del reconocimiento á sus officiosos cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron á Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron á la habitacion que se le habia destinado, mientras Amalia quedó de pié en la sala sin atreverse á seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habian invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó á separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habian puesto en confusion su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegacion, trabajo, compasion, admiracion, todo esto ha-

bia pasado por su espíritu en el espacio de una hora ; y era demasiado para quien no habia sentido en toda su vida impresiones tan improvisas y violentas; y á quien la naturaleza, sin embargo, habia dado una sensibilidad esquisita, y una imajinacion poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida, podian ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y, mientras ella comienza á darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre habia pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

—No es nada,—dijo, despues de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo,—la espada ha resbalado por las costillas sin interesar el pecho.

Tampoco es de gravedad,—continuó despues de inspeccionar la que tenia sobre el hombro derecho,—el arma era bastante filosa y no la destrozado.

Véamos el muslo,—prosiguió. Y á su primera

mirada sobre la herida, de diez pulgadas de estension, la éspresion del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del Doctor Alcorta. Por cinco minutos á lo menos ecsaminó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corria á lo largo del múslo.

—Es ün hachazo horrible!—esclamó—pero ni un solo vaso ha sido interesado; hai gran destrozo solamente.—Y en seguida, lavó él mismo las heridas, é hizo en ellas la curacion que se llama de primera intencion, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas, que habia traido en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento se sintieron parar caballos contra el porton, y la atencion de todos, á escepcion de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacia sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

—A él mismo entregó usted la carta?—preguntó Daniel dirijiéndose á Pedro.

—Sí, Señor á él mismo.

—Entonces, salga usted á ver. Es imposible que sea otro que mi criado.

Un minuto despues, volvió Pedro acompañado

de un jóven de diez y ocho á veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picarezca, y que, á pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando cándidamente, ser un hijo lejítimo de nuestra campaña ; es decir, un perfecto gauchito, sin chiripá ni calzoncillos.

—¿ Has traído todo, Fermin ?—le preguntó Daniel.

—No ha de faltar nada, Señor,—le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entonces á sacar del lío la ropa interior que necesitaba Eduardo, y á vestirle con ella, pues en aquel momento el Doctor Alcorta terminaba la primera curacion. Y en seguida, entre los dos, colocaron á Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermin, y en pocos momentos se lavó y mudó de pies á cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar á Pedro disposiciones sobre cuanto debia de hacer, relativas á los demas criados, á limpiar la sangre de la sala, á quemar las ropas ensangrentadas &a.

Eduardo, entretanto, comunicaba á Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas

antes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oía la horrible relacion que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debia traer el duelo y el espanto á la infeliz Buenos Aires.

—Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? —le preguntó á Eduardo

—No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero si no es así, él no puede saberlo, porque Olidén fué el único que se entendió con él.

—Eso me inquieta un poco,—dijo Daniel que acababa de oír la relacion que hacía Eduardo—pero todo lo aclararemos mañana.

—Es preciso mucha circunspeccion, amigos míos,—dijo Alcorta,—y sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

—Nada sobrevendrá, Señor. Solo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba á perder la vida; y Dios no hace las cosas á medias. Él acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

—Sí, créamos en Dios y en el porvenir!—dijo

Alcorta paseando sus miradas de Eduardo Belgrano á Daniel Bello, dos de sus mas queridos discipulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veía en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegacion, que en el espíritu de ellos habian sembrado sus lecciones.

—Es necesario que Belgrano descanse,—continuó.—Antes del dia sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana al medio dia volveré,—dijo, pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Despues de esto, salió al pátio acompañado de Daniel.

—Cree usted, Señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

—Ninguno absolutamente; pero su curacion podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras llegaron á la sala, donde Alcorta habia dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillón en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdian entre los rizos de su cabello castaño claro.

—Señor, esta Señora es una prima hermana mía, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

—En efecto,—dijo Alcorta, despues de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella,—en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar, que entre ustedes hay tambien mucha afinidad de alma, pues observo, Señora, que usted sufre en este momento porque vé sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propension simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entre-cortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquella recibia de Alcorta las instrucciones hijiénicas relativas al enfermo para ir de un salto al aposento de éste.

—Eduardo, yo necesito retirarme, y voy á acompañar á Alcorta. Pedro vá á quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana á la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el dia; pero mandaré á mi criado á saber de tí. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

—Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas á nadie en mi mala fortuna.

—Volvemos? Tú tienes mas talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces mas que tú. Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

—Nada. ¿Has hecho que tu prima se recoja?

—Adios! ya empezamos á tener cuidados por mi prima?

—Loco!—dijo Eduardo sonriendo —Vete y consérvate para mi cariño.

—Hasta mañana!

—Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos.

Daniel hizo señas á Pedro y á Fermin, que permanecian en un rincon del aposento, y salió al pátio con ellos.

—Fermin, toma esa caja de madera del Doctor, y tén listos los caballos. Pedro, dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida si sobreviniese algun accidente. Puede ser que los que asaltaron á Eduardo sean miembros de la Sociedad

Popular; y puede ser tambien, que algunos de ellos quieran vengar á los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

—Puede ser, Señor, pero á la casa de la hija de mi coronel no se entra á degollar á nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

—Bravo! así me gustan los hombres,—dijo Daniel apretando la mano del soldado:—Cien como usted, y yo responderia de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el porton cuando háyamos salido; hasta mañana!

—Hasta mañana, Señor!

Alcorta estaba ya de pié despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

—Nos vamos ya, Señor?

—Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

—Perdon, Señor, tengo necesidad de ir á la ciudad, y aprovecho esta circunstancia para que váyamos juntos.

—Bien, vamos, pues!—dijo Alcorta.

—Un momento, Señor. Amalia, todo queda dispuesto; Fermin vendrá á medio dia á saber de

Eduardo, y yo estaré aquí á las siete de la noche. Ahora, recójete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

—Oh! yo no temo sino por tí y por tu amigo!—le contestó Amalia llena de prontitud y de animacion.

—Lo creo, pero nada sucederá.

—Oh! el Señor Daniel Bello tiene grande influencia!—dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y espresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginacion y de talento.

—¡Protejido de los señores Anchorenas, consejero de S. E. el señor Ministro D. Felipe, y miembro corresponsal de la Sociedad Popular Restauradora!—dijo Daniel con tan afectada gravedad, que no pudieron menos de soltar la risa Amalia y el Doctor Alcorta.

—Ríanse ustedes,—continuó Daniel,—pero yo no, que sé prácticamente lo que esas condecoraciones en mí, sirven para. . . .

—Vamos, Daniel.

—Vamos, Señor. Amalia, hasta mañana!—

É imprimió un beso en la mano que le estendió su prima.

—Buenas noches, Doctor,—dijo Amalia, acompañándolos hasta el zaguan, de donde atravesaron el pátio, y salieron por la puerta de hierro que daba á la Quinta, doblando luego á la izquierda, y llegando al corredor del porton donde Fermin los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo que daba á la Quinta, como se sabe, paróse, y vió al viejo veterano de la Independencia sentado á la cabecera del herido.

Amalia, entretanto, no pudo volver á la sala sin echar desde el zaguan una mirada hácia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida, volvióse paso á paso á sus habitaciones, á esconder entre la batista de su lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Tisiano, y cuya cutis, luciente como el raso, tenia el colorido de las rosas, y parecia tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado habian enfilado, á gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo á la ciudad por aquella barran-

ca de Balcarce, que, doce años antes, habia visto descender los escuadrones del jeneral Lavalle para ir á sellar con sangre el oríjen de los males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos, á la puerta de la casa del Señor Alcorta, trás de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron, cambiando algunas palabras al oído: y Daniel, seguido de Fermin, tomó por el Mercado, salió á la calle de la Victoria, dobló á la izquierda, y, á poco andar, Fermin bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse: Era su casa.





CAPITULO III.

Las Cartas.



N el pátio de su casa, Daniel dió su caballo á Fermin, y órden de no acostarse, y esperar hasta que le llamase.

En seguida, alzó el picaporte de una puerta que daba al pátio, y entró en un vasto aposento alumbrado por una lámpara de bronce; y tomándola, pasó

á un gabinete inmediato, cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería: eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello.

Este jóven, de veinte y cinco años de edad; de mediana estatura, pero perfectamente bien formado; de téz morena y habitualmente sonrosada; de cabello castaño, y ojos pardos; frente espaciosa, nariz aguileña; lábios un poco gruesos, pero de un carmin reluciente que hacia resaltar la blancura de unos lindísimos dientes; este jóven de una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la espresion de la sensibilidad de su alma, era el hijo único de D. Antonio Bello, rico hacendado del Sur, cuyos intereses jiraba en sociedad con los señores Anchorenas, quienes por su inmensa fortuna y por sus relaciones de parentezco y de política con Rosas, gozaban, á esa época, de una alta reputacion en el partido federal.

D. Antonio Bello era un hombre de campo, en la acepcion que tiene entre nosotros esa palabra, y al mismo tiempo, hombre honrado y sincero. Sus opiniones eran, desde mucho antes que Rosas, opi-

niones de federal ; y por la federacion habia sido, partidario de Lopez primeramente, de Dorrego despues, y últimamente de Rosas ; sin que por esto él pudiese esplicarse la razon de sus antiguas opiniones ; mal comun á las nueve décimas partes de los federalistas, desde 1811 en que el Coronel Artigas pronunció la palabra federacion para rebelarse contra el gobierno jeneral, hasta 1829 en que se valió de ella D. Juan Manuel Rosas, para rebelarse contra Dios, y contra el diablo.

D. Antonio Bello, sin embargo, tenia un amor mas profundo que el de la federacion : y era, el amor por su hijo. Su hijo era su orgullo, su ídolo ; y, desde niño, empezó á prepararlo para la carrera de las letras, para hacerlo *Doctor*, como decia el buen padre.

A la edad en que lo conocemos, Daniel habia llegado de sus estudios al segundo año de Jurisprudencia. Pero, por motivos que mas tarde trataremos de conocer, hacía ya algunos meses que no asistía á la Universidad.

Vivía completamente solo en su casa, á escepcion de aquellos dias en que, como al presente, tenía

huéspedes de la campaña que le recomendaba su padre.

Es probable que los sucesos nos vayan dando á conocer en adelante, la vida y las relaciones de este jóven, que despues de entrar á su gabinete, y colocar la lámpara sobre un escritorio, se dejó caer en un sillón volteriano, echó atrás su cabeza, y quedó sumerjido en una profunda meditacion por espacio de un cuarto de hora.

—Sí;—dijo derrepente, poniéndose de pié y separando con su mano los cabellos lacios de su frente,—no hai remedio, de este modo les tomo todos los caminos!

Y, sin precipitacion; pero como ajeno á la mínima duda, ni hesitacion, sentóse á su escritorio, y escribió las siguientes cartas, que leía con atencion despues de concluir cada una.

“5 de Mayo, á las dos y media de la mañana.

“Hoi tengo necesidad de tu talento, Florencia mía, como tengo siempre necesidad de tu amor, de tus caprichos, de tus enojos y reconciliaciones para conocer una felicidad suprema en mi ecsistencia. Tú me has dicho, en algunos momentos en que sueles hablar con seriedad, que yo he educado tu

corazon y tu cabeza; vamos á ver que tal ha salido la discípula.

“Necesito saber, como se explica en lo de Da. Agustina Rosas y en lo de Da. María Josefa Ezcurra, un suceso ocurrido anoche por el Bajo de la Residencia: qué nombres se mezclan á él: de qué incidentes lo componen; de todo, en fin, cuanto sea relativo á ese acontecimiento.

“A las dos de la tarde yo estaré en tu casa, donde espero encontrarte de vuelta de tu mision diplomática.

“Tén cuidado de Da. María Josefa, especialmente; no dejes delante de ella asomar el menor interés en conocer lo que deseas y que harás que te revele ella misma: he ahí tu talento.

“Tú comprendes ya, alma de mi alma, que algo mui sério envuelve este asunto para mí; y tus enojos de anoche, tus caprichos de niña, no deben hacer parte en lo que importa al destino de

“DANIEL.”

—Mi pobre Florencia!—esclamó el jóven despues de leer esta carta.—Oh! pero ella es viva como la luz, y nadie penetra en su pensamiento

cuando ella no lo quiere! Vamos á otra carta,—
continuó—pero á esta es necesario que el reloj esté
adelantado algunas horas. Y escribió y leyó lo
que sigue:

5 de Mayo de 1840, á las nueve de la mañana.

“Señor D. Felipe Arana &a. &a.

“Mi distinguido amigo y Señor: Mientras usted se desvela, y arrostra, con la enerjía propia de su carácter, todos los peligros de que está rodeado el gobierno, por la oposicion y la intriga de sus enemigos, ciertas autoridades, que estando bajo la dependencia de usted no dejan, sin embargo, de hacerle una guerra disfrazada, descuidan el cumplimiento de sus deberes.

“La Policía por ejemplo, tiene mas empeño en ostentar independenciam de usted, que en velar aquello que únicamente la compete.

“Sabe usted que en la semana anterior han emigrado cuarenta y tantos individuos, sin que la Policía lo haya estorbado, á pesar de sus poderosos medios; y que S. E. el Restaurador lo ha sabido por avisos de usted, á quien tuve el honor de

comunicarle tal suceso. Pero basta que fuese usted quien lo comunicó á S. E. para que el Señor Victorica se manifieste indolente.

“Anoche á las diez y media, me retiraba de la Boca para la ciudad, por el camino del Bajo; y á la altura de la casa del Señor Mandeville, he visto una numerosa reunion de hombres, que, por su intermediacion á la orilla del rio, creo que tenian el pensamiento de embarcarse, y que lo habrán efectuado. Y es el momento en que usted tome su desquite del Señor Victorica, informando de esto á S. E. que, casi me atreveria á asegurarlo, si tiene conocimiento del hecho, no lo ha de tener dél nombre de los prófugos, que á estas horas debería saberlo, si la policia imitase á usted en su actividad y celo.

“Despues de medio dia tendré el honor de hablar á usted personalmente, y me asiste la esperanza de poder ratificarme mas en la alta idea que tengo de su talento y de su actividad, al ver que á esas horas ya sabrá usted, sin necesidad de la Policia, todo cuanto ha ocurrido anoche, con detalles y nombres, si, como lo creo, mi presuncion no es equivocada.

“Y, hasta entonces, saluda á usted con su acostumbrado respeto, su atento y seguro servidor
Q. B. S. M.

“DANIEL BELLO.”

—Ah, mi buen D. Felipe!—esclamó Daniel, riéndose como un niño despues de la lectura de esta carta,—quien te diría alguna vez que, ni en chanza, te hablarian de actividad y de talento! Pero no hay nadie inútil en este mundo, y tu me has de servir para grandes cosas todavía. Vamos á la otra.

“ 5 de Mayo 1840.

“ *Señor Coronel Salomón.*

“ Paisano y amigo :—A mí me consta, como al que mas, que la federacion no tiene una columna mas robusta que usted, ni el heróico Restaurador de las Leyes, un amigo mas fiel y decidido. Y es por eso que me disgusta oír entre ciertas de las relaciones que frecuento, y que usted sabe poco mas ó menos quienes son, que la Sociedad

Popular, de que usted es digno Presidente, no ayuda á la Policía con toda la actividad que debiera, en perseguir los unitarios, que fugan todas las noches para ir á incorporarse al ejército de Lavalle.

“ El Restaurador debe estar disgustadísimo de esto ; y yo, como amigo de usted, quisiera aconsejarle, que hoy mismo reuniese en su casa los mejores federales que tiene la Sociedad, tanto para que le diesen cuenta de cuanto sepan respecto de los que se han ido últimamente, cuanto para acordar los medios de perseguir y escarmentar á los que quieran irse en adelante.

“ Yo mismo tendría mucho gusto en asistir á la reunion, y en prepararle á usted un discurso federal para que entusiasmase á los defensores del Restaurador, como lo he hecho otras veces, aun cuando usted es muy capaz de desempeñarse por sí solo, toda vez que se trate de nuestra santa causa de la federacion, y de la vida del ilustre Restaurador de las Leyes.

“ Si usted dispone la reunion federal, sírvase contestarme antes de las doce, y disponga de este su atento servidor que lo saluda federalmente.

“ DANIEL BELLO. ”

—Este hombre hará cuanto le digo,—dijo Daniel después de escribir la carta, con un acento de completa confianza.—Este hombre y todos los demas de su especie, devorarían á Rosas sin saberlo ellos, si solamente hubiera tres hombres como yo que me ayudasen á conducirlos: Uno en la Campaña, otro en el Ejército, otro cerca de Rosas, y yo en todas partes como Dios, ó como el diablo. . . . Me falta otra carta todavía,—continuó abriendo un secreto de su escritorio y sacando un papel lleno de signos convencionales, que consultaba á medida que escribía con ellos lo siguiente :

“ Buenos Aires, 5 de Mayo de 1840.

“ Anoche han sido sorprendidos cinco de nuestros amigos á tiempo de embarcarse. Lynch, Riglos, Oleden, Maison, han sido víctimas, á lo menos así lo creo hasta este momento ; uno ha escapado milagrosamente. Si por algun otro conducto tienen ustedes conocimiento de este suceso, no hagan uso absolutamente, de ningun otro nombre que no sea de los que dejo escritos. ”

Y firmando con un signo especial, cerró esta carta y escribió en el sobre :

“ *A. de G3.*—Montevideo. ”

Y poniendo esta carta bajo otro sobre, la colocó bajo su tintero de bronce, y tiró el cordón de una campanilla.

Fermin apareció en el acto.

—Las cosas no andan buenas, Fermin,—dijo Daniel fingiendo cierto aire de distracción y de indolencia mientras hablaba.—El enrolamiento es jeneral, y voy á tener que empeñarme otra vez con el jeneral Pinedo por tu papeleta de escepcion, á no ser que tú quieras servir.

—Y cómo he de querer, Señor!—dijo el criado, con esa entonación perezosa, habitual en los hijos del campo.

—Y sobre todo,—continuó Daniel,—el servicio vá á ser terrible. Es probable que el ejército tenga que andar por toda la República; y tú no estás acostumbrado á tales fatigas. Has nacido en la Estancia de mi padre y te has criado á mi lado con todas las comodidades posibles. Yo creo que nunca te he dado que sentir.

—Qué sentir, Señor!—dijo Fermin con lágrimas en los ojos.

—Te tengo á mi servicio inmediato, porque deposito en tí una completa confianza. Tú eres en mi casa el amo de mis criados, gastas cuanto dinero quieres; y yo creo que nunca te he reconvenido ¿no es verdad?

—Es verdad, Señor.

—Nunca hago venir un caballo para mí, sin pedir á mi padre otro para Fermin; y hay pocos hombres en Buenos Aires que no tengan envidia de los caballos que montas. A si es que tendrías que sufrir mucho si te separasen de mi lado.

—Yo no sirvo, Señor. Primero me hago matar que dejar á usted.

—Y te harías matar por mí en cualquier trance apurado en que yo me encontrase?

—Y como nó, señor?—contestó Fermin con el acento mas cándido y sincero de un jóven de diez y ocho años, y que tiene en su pecho esa conciencia de su valor, que parece innata á los que han respirado con la vida el aire de la Pampa.

—Así lo creo,—dijo Daniel,—y si yo no hubiese penetrado en el fondo de tu corazon hace mu-

cho tiempo, sería bien digno de una mala fortuna, porque los tontos no deben conspirar.—Y pronunciando Daniel como para sí mismo esas últimas palabras, tomó las tres primeras cartas que había escrito, y continuó:—Bien, Fermin, no te llevarán al servicio. Oye lo que voy á decirte: mañana á las nueve llevarás un ramo de flores á Florencia, y cuando salga á recibirlo, le pondrás en la mano esta carta. Pasarás en seguida á casa del señor D' Felipe Arana, y entregarás esta otra. Irás despues á casa del Coronel Salomón, y entregarás tambien esta otra carta. Tén mucho cuidado de leer los sobres al entregar las cartas.

—No hay cuidado, Señor.

—Oye mas:

—Diga usted, Señor.

—De vuelta de tus dilijencias, pasarás por lo de Marcelina.

—Aquella de . . .

—Aquella, sí; aquella á quien prohibiste que entrase de dia á mi casa, y que tuviste razon para ello: le dirás, sin embargo, que venga inmediatamente á verme.

—Está mui bien.

—A las diez de la mañana estarás de vuelta, y, si no me he levantado aun, me despertarás tú mismo.

—Sí, Señor.

—Antes de salir, dá órden que se me despierte si viene alguien á buscarme, cualquiera que sea.

—Muy bien, Señor.

—Ahora, una sola palabra mas, y vete á acostar. ¿No adivinas qué palabra será esa?

—Ya sé, Señor,—dijo Fermin con una marcada espresion de intelijencia en su fisonomía.

—Me alegro mucho que lo sepas y que no lo olvides jamás. Para merecer mi confianza y mi jenerosidad, se necesita no tener boca, ó tener una cabeza de hierro para libertarse de un momento de mal humor debido á alguna indiscrecion.

—No hay cuidado, Señor.

—Bien, vete ahora.

Y Daniel cerró la puerta de su aposento que daba al pátio, á las tres y cuarto de la mañana, de esa noche en que su espíritu y su cuerpo habían trabajado, mas que algunos otros hombres, de gran nombre, en el espácio de algunos años.





CAPITULO IV.

La hora de comer.



la vez que ocurrían los sucesos que se acaban de conocer, en la noche del 4 de Mayo, otros de mayor importancia tenían lugar en una célebre casa en la calle del Restaurador. Pero á su mas completa intelijencia, es necesario hacer revivir en la memoria del lector, el

cuadro político que representaba la República en esos momentos.

Era la época de crisis para la dictadura del general Rosas; y de ella debía bajar á su tumba, ó levantarse mas robusta y sanguinaria que nunca, segun el desenlace futuro de los acontecimientos.

De tres fuentes surjian los peligros que rodeaban á Rosas:

De la guerra civil.

De la guerra oriental.

De la cuestion francesa.

La revolucion del Sur, acaecida seis meses antes de la época con que dá principio esta historia, habia conducido repentinamente á Rosas, al mas eminente peligro de que se ha visto amenazado en su vida política. Pero, el desgraciado suceso de esa revolucion espontánea, sin plan y sin direccion, habia, como sucede en tales casos, dado mas vigor y petulancia al vencedor Rosas, á ese hijo predilecto de las casualidades, que debe su poder y su fortuna á las aberraciones de sus contrarios.

Dos fuertes golpes, sin embargo, hacian temblar desde su base el edificio de su poder: la derrota de su ejército en el Estado Oriental, y la empresa del

Jeneral Lavalle sobre la Provincia de Entre-Rios.

La victoria del Yerúa, lleva al jeneral libertador á imprimir el movimiento revolucionario en Corrientes; y, en efecto, el 6 de Octubre de 1839, Corrientes se alza como un solo hombre, y proclama la revolucion contra Rosas.

Los derrotados en Cagancha se refugian, entretanto, en la Provincia de Entre-Rios, hácia la parte del Paraná, y, con los refuerzos precipitados que les envía Rosas, un nuevo ejército se organiza, donde se encontraba con sus orientales el ex-presidente D. Manuel Oribe.

El jeneral Lavalle vuelve de la Provincia de Corrientes, y con su ejército aumentado en número, en disciplina y en entusiásmo, dá y gana la batalla de D. Cristóbal el 10 de Abril de 1840; y arrincona en la Bajada los restos de ese segundo ejército, á quien una tempestad de dos dias, que sobrevino en la noche de la batalla, salvó de una total derrota sobre el campo mismo del combate.

De otra parte, la tempestad revolucionaria centellaba en Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy.

La sala de Representantes de Tucumán, en ley de 7 de Abril de ese año 1840, habia cesado de reconocer en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador D. Juan Manuel Rosas; y retirándole la autorizacion que, por parte de esa Provincia, se le habia conferido para el ejercicio de las relaciones exteriores.

El 13 de Abril, el pueblo salteño depone á su antiguo gobernador, elije otro provisoriamente, y desconoce á Rosas en el carácter de gobernador de Buenos Aires.

La Rioja, Catamarca y Jujuy, de un momento á otro, debian hacer igual declaracion que las provincias de Tucumán y Salta.

Así pues, de las catorce Provincias que integran la República, siete de ellas estaban contra Rosas.

La Provincia de Buenos Aires presentaba otro aspecto.

El Sur de la Campaña, estaba debilitado por la copiosa emigracion que sucedió al desastre de la revolucion, y por las sangrientas venganzas de que acababa de ser víctima.

Al Norte, la Campaña estaba intacta, y rebosaba de descontentos. Rosas lo conocia, y no podia

sin embargo, dar un golpe sobre ella; porque no habia allí caudillos ni campeones conocidos; habia ese rumor sordo, ese mal estar sensible que indica siempre la cercanía de las grandes conmociones públicas, y que tiene su oríjen en alguna situacion comun que pesa sobre todos.

Rosas queria atender á todas partes, pero en todas partes era mas pequeño que los sucesos que afrontaba, y solo su audacia le inspiraba confianza.

En los últimos dias de Marzo, el Jeneral La-Madrid habia sido enviado por Rosas á solidar su quebrantado poder en las Provincias revolucionadas. Pero, casi solo, el valor personal del antiguo contendor de Quiroga, no era suficiente para la empresa que se le confiaba, y tuvo que demorarse en Córdoba para reclutar algunos soldaos.

Para ausiliar á Echagüe y á Oribe en la Provincia de Entre-Rios, acaba Rosas por tirar el guante á la paciencia del pueblo de Buenos Aires; y, en los meses de Marzo y Abril, hace ejecutar esa escandalosa leva de ciudadanos de todas las clases, de todas las edades, de todas las profesiones, que no fuesen federales conocidos; y que debian elijir, entre marchar al ejército como soldados veteranos,

ó dar en dinero el valor de dos, diez y hasta cuarenta personeros; debiendo, entretanto, permanecer en las cárceles, ó en los cuarteles.

Este primer anuncio de la época del terror, que comenzaba, por una parte; y por otra el entusiasmo, la fiebre patria que agitaba el espíritu de la juventud, al ruido de las victorias del ejército Libertador y á la propaganda de la prensa de Montevideo, daban oríjen á la numerosa y distinguida emigracion, que dejaba las playas de Buenos Aires por entre los puñales de la Mashorca.

La ciudad estaba desierta. Los que huían de los personeros, se ocultaban; los que tenían valor y medios, emigraban.

Para resistir á Lavalle, vencedor en dos batallas, Rosas tenía apenas unos restos de ejército encajonados contra el Paraná, en la Provincia de Entre-Ríos.

Para contener las provincias, solo podía enviar en auxilio de sus partidarios en ellas, al jeneral La-Madrid en el estado en que se ha visto.

Para la Provincia de Buenos Aires, solo contaba con su hermano Prudencio, Granada, Gonzalez,

Ramirez, al frente de pequeñas divisiones sin moral y sin disciplina.

Y para aterrorizar la Capital, solo contaba con la Mashorca.

Otros peligros todavía mayores le amenazaban aun, hasta la época en que nos encontramos.

El jeneral Rivera, embelesado con su victoria de Cagancha, no hacía, sino pasearse con su ejército de un punto al otro en la República Uruguaya, sin ir á buscar sobre el territorio de su enemigo, los resultados provechosos de aquella accion. Pequeñeces de carácter quizá, que la historia sabrá revelar mas tarde, estorbaban la unidad de accion entre los dos jenerales á quienes la victoria acababa de favorecer. Pero el pronunciamiento del pueblo Oriental era inequívoco. Desde el primer hombre de Estado hasta el último ciudadano, comprendian la necesidad de obrar enérgicamente contra Rosas; y el noble deseo de contribuir á la libertad argentina, no entusiasmaba menos á los orientales en esos momentos, que á los mismos hijos de la República. Era solo el jeneral Rivera el responsable de su inaccion. Pero aquella opinion tan pronunciada hacia esperar, que de un momen-

to á otro se diese principio á la simultaneidad de las operaciones militares, y Rosas no podia menos de creerlo así.

Ultimamente, estaba el poder de la Francia delante del Dictador.

Desde la ascension del jeneral Rivera á la presidencia de la República, una alianza de hecho se habia establecido entre ese jeneral y las autoridades francesas en el Plata, para resistir y hostilizar al enemigo comun.

Las concesiones mas importantes habian tenido lugar recíprocamente entre ambos; y, hasta ese momento, la buena fé y la lealtad eran los distintivos del gobierno de la República, y de aquellas autoridades, en sus operaciones contra Rosas.

La suceptibilidad nacional de los emigrados argentinos, habíase alarmado al principio de la cuestion francesa. Creian de su deber, los mas moderados, mantenerse neutrales en una cuestion internacional que se discutia con el gobierno de su pais, fuese cual fuese el sistema interior de ese gobierno; y, los mas celosos de su nacionalidad, como el cantor de Ituzaingó, por ejemplo, hablaban sin reserva, de la *aulacia extranjera*.

Las repetidas y francas declaraciones del gobierno y los ajentes de la Francia en el Plata, no tardaron, sin embargo, en traer el convencimiento á los emigrados, de que no se trataba de ofender á la dignidad de la nacion Arjentina; ni de querer atentar á ninguno de sus derechos permanentes; que se trataba solamente, de obligar á un déspota á respetar principios universalmente reconocidos: y empezó á establecerse entónces, primero la amistad, y despues una verdadera alianza de hecho, entre las autoridades francesas y los emigrados, contra el enemigo comun.

La República Oriental, pues, la emigracion arjentina, y el poder francés en el Plata, obraban de acuerdo en sus operaciones contra Rosas.

Pero á la época en que presentamos los sucesos de esta obra, la política francesa en el Plata empezaba á sufrir ciertas variaciones alarmantes.

Al Señor Roger, habia reemplazado el Señor Buchet de Martigni, y al Almirante Le-Blanc, el Contra-Almirante Dupotet.

Bajo el mando de este último, el bloqueo habia sido levantado de todo el litoral de Buenos Aires, fuera del Rio de la Plata, y limitádose á lo que

quedaba dentro de su embocadura en el Oceano.

Esta medida debilitaba prodijiosamente los efectos del bloqueo. Y, durante el mando de aquel jefe, se sintieron los primeros síntomas de desconfianza en los enemigos de Rosas.

Desde la mediacion del Comodoro Americano Nicholson, en Abril de 1839, no se habia hablado de proposiciones de arreglo. Pero abordo del buque de S. M. B. *La Acteon* tuvo lugar una entrevista, el 28 de Febrero de 1840, del Señor Mandeville, D. Felipe Arana y el Contra-Almirante frances. Y de este triunvirato, nacieron alarman-tes sospechas. Sin embargo, el Señor Buchet de Martigni era el encargado de entenderse diplomáticamente con Rosas, y él no tenia instrucciones que pudieran hacer declinar las proposiciones del *ultimatum* de Mr. Roger. Y así se le vió, un mes despues de la entrevista en *La Acteon*, desechar las proposiciones atrevidas del Dictador de Buenos Aires, sobre una transacion. Y era el Señor Martigni, quien, á la vez que sabia defender intransijblemente en estas rejiones, los derechos y el crédito de su pais, cuyo gobierno les prestaba tan débil atencion, cooperaba y fomentaba, con indecible

actividad y entusiasmo, las empresas de los aliados de la Francia contra Rosas.

Y él, poniendo en accion los elementos de la Francia en el Plata; la República Oriental, amenazando con la invasion de sus armas; el jeneral Lavalle sobre el Paraná, precedido de dos victorias; al Norte de la República, Tucuman, Salta y Jujuy; al Oeste, hasta la falda de la Cordillera, Catamarca y la Rioja, en pié proclamando y sosteniendo la revolucion; el Norte de la Provincia de Buenos Aires, pronto á conmoverse á la aparicion del primer apoyo que se le presentase; la ciudad, ostigada por la opresion, y desbordándose sobre el Plata para emigrar á la ribera opuesta, eran todos estos los rasgos de ese inmenso cuadro de peligros que se ofrecia á los ojos del Dictador. Todo el horizonte de su gobierno se encapotaba. Y solo alguna que otra palabra consoladora recibia de la Inglaterra, por boca del Caballero Mandeville, en lo que hacia relacion con el bloqueo frances. Pero la Inglaterra, á pesar de los mejores deseos hácia Rosas que animaban á su representante en Buenos Aires, no podia desconocer el derecho de la Francia para mantener su bloqueo

en el Plata, aun cuando el comercio ingles se resentia de esa larga interdiccion que sufría uno de los mas ricos mercados de la América Meridional.

De una situacion semejante solo la fortuna podia libertar á Rosas; pues de aquella no se podia deducir lójica y naturalmente, sino su ruina prócsima.

El trabajaba sin embargo; acudia á todas partes con los elementos y los hombres de que podia disponer. Pero, se puede repetir, que solo esa reunion de circunstancias prósperas é inesperadas que se llama fortuna, era lo único con que podia contar Rosas en los momentos que describimos; pues tal era su situacion en la noche en que acaecieron los sucesos que se conocen yá. Y es durante ellos; es decir, á las doce de la noche del 4 de Mayo de 1840, que nos introducimos con el lector á una casa, en la calle del Restaurador.

En el zaguan de esa casa, completamente oscuro, habia, tendidos en el suelo, y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa, armados de tercerola y sable, como otros tantos perros de presa que estuviesen velando la mal cerrada puerta de la calle.

Un inmenso patio cuadrado y sin ningun farol

que le diese luz, dejaba ver la que se proyectaba por la rendija de una puerta á la izquierda, que daba á un cuarto con una mesa en el medio, que contenia solamente, un candelero con una vela de sebo, y unas cuantas sillas ordinarias, donde estaban, mas bien tendidos que sentados, tres hombres de espeso vigote, con el poncho puesto y el sable á la cintura, y con esa cierta espresion en la fisonomía que dá los primeros indicios á los ajentes de la Policia secreta de Paris ó Londres, cuando andan á caza de los que se escapan de galeras, ó de forajidos que han de entrar en ellas.

Del zaguán doblando á la derecha, se abria el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta á la derecha, otra al fondo, y otra á la izquierda. Esta última daba entrada á un cuarto sin comunicacion, donde estaba sentado un hombre vestido de negro, y en una posicion meditabunda. La puerta del fondo del pasadizo, daba entrada á una cocina estrecha y ennegrecida; y la puerta de la derecha, por fin, conducía á una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitacion de mayores dimensiones, en la que se veia una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta

de bayeta grana, unas cuantas sillas arrimadas á la pared, una montura completa en un rincon; y algo mas que describiremos dentro de un momento. Esta habitacion recibia las luces por dos ventanas cubiertas por celosías, que daban á la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como éste á su vez con varias otras habitaciones que cuadraban el patio á la derecha. En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veía una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida, y cuyo traje abrochado hacía dificultosa su respiracion.

En el cuarto de la mesa cuadrada, había cuatro hombres en derredor de ella.

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnuadas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo mas bien agradable pero chocante á la vista. Este hombre estaba vestido con un calzon de paño negro, mui anecho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y un

sombrero de paja cuyas anchas alas le cubrían el rostro, á no estar en aquel momento enroscada hácia arriba la parte que daba sobre su frente.

Los otros tres hombres, eran jóvenes de veinte y cinco á treinta años, vestidos modestamente, y dos de ellos excesivamente pálidos y ojerosos.

El hombre de sombrero de paja, leía un monton de cartas que tenia delante, y los jóvenes escribían.

En un ángulo de esta habitacion se veia otra figura humana, y al parecer con vida. Era ella la de un viejecito de setenta á setenta y dos años de edad, de fisonomía enjuta, escualida, sobre la que caían los cadejos de un desordenado cabello casi blanco todo él, y cuyo cuerpo flaco, y algo contrahecho, por la elevacion del hombro izquierdo sobre el derecho, estaba vestido con una casaca militar de paño grana cuyas charreteras cobrizas, con sus canelones mas decrépitos que el portador de ellas, caían de los hombros, la una hácia el pecho y la otra hácia la espalda. Una faja de seda roja, rala y mugrienta como la casaca, le ataba á la cintura un espadin, que parecia heredado de los primeros cabildantes del Virreinato; y un pantalon

de color indefinible, y unas botas lustradas con barro, completaban la parte ostensible del vestido de aquel hombre, que solo mostraba señales de vida por las cabezadas que daba, en la terrible lucha que habia emprendido con el sueño.

En el ángulo opuesto, hácia espaldas del hombre del sombrero de paja, habia en el suelo el cuerpo de un hombre, enroscado como un boa. Era ese hombre un mulato gordo y bajo al parecer, pero indudablemente vestido con el manto de un sacerdote, y que dormia, tendido y pegando sus rodillas contra el pecho, un sueño profundísimo y tranquilo.

El silencio era sepulcral. Pero de repente uno de los escribientes levanta la cabeza y pone la pluma en el tintero.

—¿Acabó usted?—dice el hombre de sombrero de paja dirijiéndose al jóven.

—Sí, Excelentísimo Señor.

—A ver, lea usted.

—En la Provincia de Tucuman :

Marco M. de Avellaneda.

José Toribio del Corro.

Piedrabuena (Bernabé).

José Colombres.

Por la Provincia de Salta:

Toribio Tedin.

Juan Francisco Valdéz.

Bernabé Lopez.

Sola.

—No hai mas?

—No, Excelentísimo Señor. Esos son los nombres de los salvajes unitarios que firman los documentos de 7 y 10 de Abril, de la Provincia de Tucuman; y 13 del mismo, de la Provincia de Salta.

—En que se me desconoce por Gobernador de Buenos Aires, y se me despoja del ejercicio de las relaciones exteriores!—dijo con una sonrisa indefinible, ese hombre á quien daban el título de Excelentísimo, y que no era otro que el jeneral D. Juan Manuel Rosas, Dictador Arjentino.

—Lea usted los extractos de las comunicaciones recibidas hoi,—continuó.

—De la Rioja, con fecha 15 de Abril, se comunica, que los traidores Brizuela, titulado Gobernador, y Francisco Ersilbengoa, titulado Secretario, en lógia con Juan Antonio Carmona, y Lo-

renzo Antonio Blanco, titulados Presidente y Secretario de la Sala, se preparan á sancionar una titulada ley, en la cual se desconocerá en el carácter de Gobernador de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores, al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan Jeneral de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas; y todo esto por sujestiones del cabecilla unitario Marco Avellaneda, titulado jefe de la Liga del Norte.

—Brizuela! Ersilbengoa! Carmona! Blanco!— repitió Rosas con los ojos clavados en la carpeta colorada, como si quisiera grabar con fierro en su memoria, los nombres que acababa de oír y repetía. . . .—Continúe usted,—dijo despues de un momento de silencio.

—De Catamarca, con fecha 16 de Abril, comunican que el salvaje unitario Antonio Dulce, titulado Presidente de la Sala; y José Cubas, titulado Gobernador, se proponen publicar una titulada ley en la que se llamará tirano al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan Jeneral de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

—Yo les daré *dulces!*—esclamó Rosas, contrayendo sus lábios, y dilatándose las ventanas de su nariz.—A ver,—continuó dirijiéndose á otro de los escribientes que acababa de poner la pluma sobre el tintero;—á ver, déme usted la acta de Jujuy, de 13 de Abril. Mui bien; lea usted ahora la copia de los nombres que la firman.

Y el escribiente leyó los siguientes nombres, mientras Rosas hacia el coitejo con los que estaban en la acta que tenia en su mano:

Roque Alvarado.

Rufino Valle.

Francisco N. Carrillo.

Pedro José de Sarverri.

Pedro Saens.

Benito S. de Bustamante.

José Ignacio de Guerrico.

Ignacio Segarola.

Isidro Graña.

José Tello.

Pedro Ferreira.

Juan Arroyo.

José Rodriguez.

Pedro Geréz.

Pascual Blas.
Juan Bautista Perez.
Manuel Sagardia.
Mariano Fernandez.
Manuel J. del Moral.
José L. Villar.
Hilarion Echenique.
Blas Agudo.
Pedro Antonio Gogénola.
Pedro Alberto Puch.
Restituto Zenarruz.
Juan Manuel Gogénola.
Tomas Games.
Estanislao Echavarria.
Gavino Perez.
Policarpo del Morol.
Jacinto Guerrero.
Rafael Alvarado.
Dr. Andres Zenarruza.
Gabriel Marquieguy.
José Cuevas Aguirre.
Antonio Valle.
Sandalio Ferreira.
Prudencio Estrada.

Natalio Herrera.

José Pio Ramo.

Pedro Antonio de Aguirre, (Secretario.)

Carlos Aguirre.

—Está bien,—dijo Rosas volviendo la acta al escribiente.—¿Bajo qué rótulo vá usted á poner esto?

—“Comunicaciones de las provincias dominadas por los unitarios;” como Vucelencia lo ha dispuesto.

—Yo no he dispuesto eso; vuelva usted á repetirlo.

—Comunicaciones de las provincias dominadas por los traidores unitarios,—dijo el jóven empalideciendo hasta los ojos.

—Yo no he dicho eso; vuelva usted á repetirlo.

—Pero, Señor. . . .

—Qué Señor! á ver, diga usted fuerte para que no se le olvide mas :

—“Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios.”

—“Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios.”—repitió el jóven con un acento nervioso y metálico que hizo abrir los

ojos al viejecito de la casaca colorada, que en aquel momento se habia dormido profundamente.

—Así quiero que se llamen en adelante ; así lo he mandado ya, *salvajes*, ¿oye usted ?

—Sí, Excelentísimo Señor, *salvajes*.

—Concluyó usted ? preguntó Rosas dirijiéndose al tercer escribiente.

—Ya está, Excelentísimo Señor.

—Lea usted.

Y el escribiente leyó :

“*¡ Viva la Confederacion Argentina !*

“*¡ Mueran los salvajes unitarios !*

“Buenos Aires 4 del mes de América de 1840.—Año
31 de la Libertad, 25 de la Independencia, y 11
de la Confederacion Argentina.

“El Jeneral Edecán de Su Excelencia al Comandante en Jefe del núm. 2, Coronel D. Antonio Ramirez.

“El infrascripto ha recibido órden del Excelentísimo Gobernador de la Provincia, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Ma-

nuel de Rosas, para avisar á Usía que Su Excelencia ha dispuesto, que al comunicar Usía el número de tropas de que se compone la division, diga siempre el doble, debiendo informar que la mitad es de línea, y que toda se halla animada de un santo entusiasmo federal.

“Lo que deberá Usía tener mui presente en adelante.

“Dios guarde á Usía muchos años.

—Eso es,—dijo Rosas, tomando el oficio que le presentaba el escribiente,—Eh!—gritó en seguida dirijiendo sus ojos y su voz al lugar donde cabeceaba el viejo de la casaca grana, que, como tocado por una barra eléctrica, se puso de pié y se encaminó á la mesa, con el espadin hácia el espinazo, y una charretera sobre el pecho y la otra sobre la espalda.—Ya se habia dormido, viejo flojo ¿no es verdad?

—Su Excelencia perdone....

—Déjese de perdon, y firme,aca.

Y tomando el viejo la pluma que le presentaba Rosas, escribió al pié del oficio, y con una letra trémula :

“MANUEL CORVALAN.”

—Bien pudo aprender á escribir mejor cuando estuvo en Mendoza,—dijo Rosas, riéndose de la letra de Corvalan, quien no le contestó una sola palabra, quedándose de pié como una estatua al lado de la mesa.—Dígame, señor Jeneral Corvalan,—continuó Rosas todavía sonriéndose,—¿qué le contestó Simon Pereira?

—Que los paños de tropa no se podían conseguir hoy al mismo precio que los anteriores, sino á un treinta por ciento mas.

—¡Mire!—dijo Rosas dándose vuelta en la silla y poniéndose cara á cara con Corvalan.—Mañana á las doce vaya usted á verlo, y, delante de todos los que estén con él, hágale así de mi parte, repitiéndole en cada vez, que yo se lo mando. ¿Ha oído?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—A ver, como lo vá á hacer?

—El Señor Gobernador le manda á usted esto.

El Señor Gobernador le manda á usted esto.

El Señor Gobernador le manda á usted esto.

Y al fin de la oracion, Corvalan daba un golpe con la mano abierta sobre la mitad del brazo opuesto, con la mas profunda y respetuosa grave.

dad. Rosas soltó una carcajada; los escribientes sonrieron, pero el edecan de Su Excelencia permaneció con una fisonomía inconvencional.

—Dígame Jeneral, á qué horas vino el médico que está ahí?

—A las doce del dia, Excelentísimo Señor.

—Ha pedido algo?

—Un vaso de agua una vez, y fuego dos veces.

—Ha dicho algo?

—Nada, Señor.

—Bueno; llévele este oficio que me pasó ayer, y dígame que lo rechaga y ponga la raya marginal que le falta, y que otra vez no se olvide de las disposiciones del Gobierno.

—Y lo dejo retirarse?

—Sí, ya ha estado doce horas sin comer, y con miedo, para que aprenda á respetar otra vez lo que yo mando.

Y Corvalan salió á cumplir las órdenes recibidas con aquel hombre vestido de negro que encontramos en el cuarto á la izquierda del pasadizo.

—Las comunicaciones de Montevideo están extractadas?—preguntó Rosas á uno de los escribientes.

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Los avisos recibidos por la Policía?

—Están apuntados.

—A qué hora debía ser el embarque esta noche?

—A las diez.

—Son las doce y cuarto!—dijo Rosas mirando su reloj y levantándose,—habrán tenido miedo. Pueden ustedes retirarse. Pero ¿qué diablos es esto?—esclamó reparando en el hombre que dormía enroscado en un rincón del cuarto, envuelto en un matéo. ¡Ah! Padre Viguá! Recuérdese Su Reverencia,—dijo, dando una fuertísima patada sobre los lomos del hombre á quien llamaba Su Reverencia; que, dando un chillido espantoso, se puso de pié enredado en el mantéo. Y los escribientes salieron uno en pos de otro, festejando con un semblante risueño la gracia de Su Excelencia el Gobernador.

Rosas quedó cara á cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas; de cabeza enorme, frente plana y estrecha, carrillos carnudos, nariz corta, y en cuyo conjunto de facciones informes estaba pintada la degeneración de la inteligencia humana, y el sello de la imbecilidad.

Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertía.

Dolorido, y estupefacto el pobre mulato, miraba á su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reía al contemplarlo, cuando entró de vuelta el Jeneral Corvalan.

—Qué le parece á usted, Su Paternidad estaba durmiendo mientras yo trabajaba.

—Mui mal hecho,—contestó el edecan con su siempre inmovible fisonomía.

—Y porque lo he despertado se ha puesto sério.

—Me pegó,—dijo el mulato con voz ronca y quejumbrosa, y abriendo dos lábios color de hígado, dentro los cuales se veían unos dientes chiquitos y puntiagudos.

—Eso no es nada, padre Viguá, ahora lo que comamos se ha de mejorar Su Paternidad, ¿Se fué el médico, Corvalan?

—Sí, Señor.

—No dijo nada?

—Nada.

—Como está la casa?

—Hai ocho hombres en el zaguan, tres ayudan-

tes en la Oficina, y cincuenta hombres en el corralon.

—Está bueno; retírese á la Oficina.

—Si viene el Jefe de Policía?

—Que le diga á usted lo que quiere.

—Si viene. . . .

—Si viene el diablo, que le diga á usted lo que quiere,—le interrumpió Rosas bruscamente.

--Está mui bien, Excelentísimo Señor.

—Oiga usted.

—Señor?

—Si viene Cuitiño, avíseme.

—Está mui bien.

—Retírese. . . . ¿Quiere comer?

—Doi las gracias á Su Excelencia; ya he cenado.

—Mejor para usted.

Y Corvalan fuese con sus charreteras y su espadin á reunir con los hombres que estaban tendidos sobre las sillas, en aquel cuarto de la izquierda del patio, que ya el lector conoce, y al que el Edecán de Su Excelencia acababa de dar el nombre de Oficina; tal vez porque al principio de su administracion, Rosas habia instalado en ese cuarto la Co-

misaría de Campaña, aun cuando al presente solo servia para fumar y dormitar los ayudantes de ese hombre, que como invertia los principios políticos y civiles de una sociedad, invertia el tiempo, haciendo de la noche, dia para su trabajo, su comida y sus placeres.

—Manuela! —gritó Rosas luego que salió Corvalan, entrando al cuarto contiguo donde ardia una vela de sebo, cuya pabeza carbonizada dejaba esparcir apenas una débil y amarillenta claridad.

—Tatita!—contestó una voz que venia de una pieza interior. Un segundo despues, apareció aquella mujer que encontramos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una jóven de veinte y dos á veinte y tres años, alta, algo delgada, de un talle y de unas formas graciosas, y con una fisonomía que podria llamarse bella, si la palabra interesante no fuese mas análoga para clasificarla.

El color de su tez era ese pálido oscuro, que distingue comunmente á las personas de temperamento nervioso, y en cuyos séres la vida vive mas en el espíritu que en el cuerpo. Su frente poco espaciosa, era, sin embargo fina, descarnada y redon-

da; y su cabello castaño oscuro, tirado trás de la oreja, dejaba descubrir los perfiles de una cabeza intelijente y bella. Sus ojos, algo mas oscuros que su cabello, eran pequeños pero animados é inquietos. Su nariz recta y perfilada; su boca grande pero fresca y bien rasgada, y por último una espresion picante en la animada fisonomía de esta jóven, hacía de ella una de esas mujeres á cuyo lado los hombres tienen menos prudencia que amor, y mas placer que entusiasmo. Se ha observado jeneralmente, que las mujeres delgadas, pálidas, de formas lijeramente pronunciadas, y de temperamento nervioso, poseen cierto secreto de voluptuosidad instintiva que impresiona fácilmente la sangre y la imaginacion de los hombres; en contrario de esa impresion puramente espiritual, que reciben de las mujeres en quienes su tez blanca y rosada, sus ojos tranquilos, y su fisonomía cándida revelan cierta lascitud de espíritu, por la cual los profanos las llaman, indiferentes; y los poetas, ángeles.

Su vestido de merino color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo, le delineaba un talle redondo y fino, y le dejaba descubiertos unos hom-

bros, que sin ser los hombros poctizados de María Stuart, bien pudieran pasar por hombros tan suaves y redondos, que la sien del mas altivo unitario no dejaría de aceptarlos para reclinarsse en ellos un momento, en horas de aquel tiempo en que la vida era fatigada por tantas y tan diversas impresiones.

Y fué así que se le presentó á Rosas esa mujer; esa mujer que era su hija; y á quien saludó diciéndola:

—Ya estabas durmiendo ¿no? Todavía te he de casar con Viguá para que duerman hasta que se mueran. ¿Estuvo María Josefa?

—Si, tatita, estuvo hasta las diez y media.

—Y quién mas?

—Doña Pascuala, y Páscualita.

—Con quién se fueron!

—Mancilla las acompañó.

—Nadie mas ha venido?

—Picolet.

—Ah! el carcaman te hace la corte.

—A usted, tatita.

—Y el gringo no ha venido?

—No, Señor. Esta noche tiene una pequeña

reunion en su casa para oír tocar el piano no sé á quien.

—Y quienes han ido?

—Creo que son ingleses todos.

—Bonitos han de estar á estas horas!

—Quiere usted comer, tatita?

—Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió á las piezas interiores, mientras Rosas se sentó á la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus piés sin medias, tales como habian estado entre aquellas; se agachó, sacó un par de zapatos debajo la cama, volvió á sentarse, y, despues de acariciar con sus manos sus piés desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubria el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro ó cinco minutos á lo menos; sintiendo con ello un verdadero placer, esa organizacion en quien predominan admirablemente todos los instintos animales.

No tardó en aparecer la jóven hija de Rosas, á

prevenir á su padre que la comida estaba en la mesa.

En efecto, estaba servida en la pieza inmediata, y se componía de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas, y un plato de dulce. En cuanto á vinos, habia dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pié para servir á la mesa.

Rosas llamó con un fuerte grito á Viguá, que habia quedado durmiéndose contra la pared del gabinete de Su Excelencia, y fué á sentarse con su hija á la mesa de su comida nocturna.

—Quieres asado?—dijo á Manuela cortando una enorme tajada que colocó en su plato.

—No, tatita.

—Entonces come pato.

Y mientras la jóven cortó un alón del ave y lo descarnaba, mas bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comía tajada sobre tajada de carne, roseando los bocados con repetidos tragos.

—Siéntese Su Paternidad,—dijo á Viguá, que con los ojos devoraba las viandas, y que no esperó segunda vez la invitacion que se le hacía.

—Sírvelo Manuela.

Y ésta puso en un plato una costilla de asado, que pasó al mulato, quien al tomarla miró á Manuela con una espresion de enojo salvaje, que no pasó inapercibida de Rosas.

—Qué tiene, padre Viguá? ¿por qué mira á mi hija con esa cara tan fea?

—Me dá un hueso,—contestó el mulato, metiéndose á la boca un enorme pedazo de pan.

—Como es eso! ¿tú no cuidas al que te ha de echar la bendicion cuando te cases con el Ilustrísimo Señor Gomez de Castro, fidalgo portugués, que le dió ayer dos reales á Su Paternidad? Has hecho mui mal Manuela; levántate y bésale la mano para desenojarlo.

—Bueno, mañana le besaré la mano á Su Paternidad,—dijo Manuela sonriendo.

—No, ahora mismo.

—Qué ocurrencia, tatita!—replicó la jóven entre séria y risueña, como dudando de la verdadera intencion de su padre.

—Manuela, dale un beso en la mano á Su Paternidad.

—Yo, no.

—Tú, sí.

—Tatita!

—Padre Viguá, levántese Su Reverencia y déle un beso en la boca.

El mulato se levantó, arrancando con los dientes un pedazo de carne de la costilla que tenia en sus manos, y Manuela clavó en él sus ojos chispeantes de altanería, de despecho, de rabia; ojos que habrían fascinado aquella máquina de estupidez y abyeccion, sin la presencia alentadora de Rosas. El mulato se acercó á la jóven, y ella, pasando de la primera inspiracion del orgullo, al abatimiento de la impotencia, escondió su rostro entre sus manos para defenderle con ellas de la profanacion á que le condenaba su padre. Pero esta débil y pequeña defensa de su rostro, no alcanzaba hasta su cabeza, y el mulato, que tenía mas gana de comer que de besar, se contentó con poner sus lábios grasientos sobre el fino y lustroso cabello de la jóven.

—Que bruta es Su Reverencia!—esclamó Rosas riéndose á carcajada suelta.—Asi no se besa á las mujeres. Y tú? ¡bah! la mojigata! Si fuera un buen mozo no le tendrías asco.—Y se echó un

vaso de vino á la garganta, mientras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los párpados una lágrima que el despecho le hacia brotar por sus claros y vivísimos ojos.

Rosas comia entretanto con un apetito tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organizacion privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplían la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado comióse el pato, la fuente de natas, y el dulce.

Y siempre cambiando palabras con Viguá, á quien de vez en cuando tiraba una tajada, acabó por dirigirse á su hija que guardaba silencio con los labios, mientras bien claro se descubria en las alteraciones fujitivas de su semblante, la sostenida conversacion que entretenía consigo misma.

—Te ha disgustado el beso, no ?

—Y como podrá ser de otro modo? Parece que usted se complace en humillarme con la canalla mas inmundada. ¿Qué importa que sea un loco? Loco es tambien Eusebio, y por él he sido el objeto de la risa pública, empeñado que estuvo, como lo sabe usted, en abrazarme en la calle; sin que na-

die se atreviese á tocarlo, porque era el loco favorito del Gobernador,—dijo Manuela con un acento tan nervioso, y con una tal animacion de semblante y de voz, que ponía en evidencia el esfuerzo que habia hecho en sufrir sin quejarse la humillacion porque acababa de pasar.

—Sí, pero has visto ya que le he hecho dar veinte y cinco azotes, y que le tendré en Santos Lugares hasta la semana que viene.

—Y qué importa? ¿Es por ese castigo que se olvidarán del ridículo en què me puso ese imbécil? ¿Porque usted le mande dar veinte y cinco azotes, dejarán, y con razon, de hacerme el objeto de las conversaciones y la burla? Yo bien comprendo que usted se divierte con sus locos; que son, puede decirse, las únicas distracciones que usted tiene; pero la libertad que usted les consiente conmigo en su presencia, les dá la idea de que están autorizados para desmandarse donde quiera que me hallan. Yo consentiría en que me dijesen cuanto quisieran, pero ¿qué diversion halla usted en que me toquen y me irriten?

—Son tus perros que te acarician.

—Mis perros!—esclamó Manuela, en quien la

animacion se aumentaba á medida que se desprendian las palabras de sus labios rojos como el carmin :—los perros me obedecerian ; un perro le sería á usted mas útil que ese estúpido, porque si quiera un perro cuidaría de la persona de usted, y la defendería si llegase ese caso horrible que todos se empeñan en profetizarme con palabras ambiguas, pero cuyo sentido yo comprendo sin dificultad.

Manuela cesó de hablar, y una nube sombría cubrió la frente de Rosas, con las últimas palabras de su hija.

—Y quienes te lo dicen ?—preguntó con calma despues de algunos instantes de silencio.

—Todos, Señor,—contestó Manuela volviendo su espíritu á su natural estado,—todos cuantos vienen á esta casa parece que se complotan para infundirme temores sobre los peligros que rodean á usted.

—De qué clase ?

—Oh ! nadie me habla, nadie se atreve á hablar de peligros de guerra, ni de política, pero todos pintan á los unitarios como capaces de atentar en cada momento á la vida de usted . . . todos me re-

comiendan que le vele, que no le deje solo, que haga cerrar las puertas; acabando siempre por ofrecerme sus servicios, que sin embargo, nadie tiene quizá la sinceridad de ofrecérmelos con lealtad, pues sus comedimientos son mas una jactancia que un buen deseo.

—Y por qué lo crees?

—Por qué lo creo? ¿piensa usted que Garrigós, que Torres, que Arana, que García, que todos esos hombres que el deseo de ponerse bien con usted trae á esta casa, son capaces de esponer su vida por ninguna persona de este mundo? Si temen que suceda una desgracia, no es por usted, sino por ellos mismos.

—Puede ser que no te equivoques,—dijo Rosas con calma, y haciendo jirar sobre la mesa el plato que tenia por delante,—pero si los unitarios no me matan en este año, no me han de matar en los que vienen. Entre tanto, tú has cambiado la conversacion. Te has enojado porque Su Paternidad te quiso dar un beso, y yo quiero que hagas las paces con él. Fray Viguá,—continuó dirijiéndose al mulato que tenía pegado el plato de dulce contra la cara, entreteniéndose en limpiarlo con la len-

gua :—Fray Viguá, déle un abrazo y dos besos á mi hija para desenojarla.

—No, tatita!—esclamó Manuela levantándose, y con un acento de temor y de irresolucion, difícil de definir porque era la espresion de la multitud de sentimientos que en aquel momento se ajitaban en su alma de mujer, de jóven, de señorita, á la presencia de aquel objeto repugnante á cuya monstruosa boca queria su padre unir los lábios delicados de su hija, solo por el sistema de no ver torcido un deseo suyo por la voluntad de nadie.

—Bésela, Padre.

—Déme un beso,—dijo el mulato dirijiéndose á Manuela.

—No,—dice Manuela corriendo.

—Déme un beso,—repite el mulato.

—Agárrela, Padre,—le grita Rosas.

—No, no!—esclamaba Manuela con un acento lleno de indignacion.

Pero en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecucion que hacía el mulato á su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huida, el

rumor estrepitoso que hacían sobre las piedras de la calle las herraduras de un crecido número de caballos, suspendió de improviso la accion y la atencion de todos.





CAPITULO V.

El Comandante Cuitiño.



OS caballos pararon á la puerta de la casa de Rosas, y después de un momento de silencio, Rosas hizo una seña con la cabeza á su hija, que comprendió al momento que su padre la mandaba á saber qué jente habia llegado. Y salió, en efecto, por

el cuarto de escribir, alisando con sus manos el cabello' de sus sienes, cual si quisiese con esa accion despejar su cabeza de cuanto acababa de pasar, para entregarse, como era su costumbre, á cuidar y velar por los intereses y la persona de su padre.

—Quién és, Corvalan?—le dijo al encontrarse con el edecan en el pasadizo oscuro que daba al pátio.

—El Comandante Cuitiño, Señorita.

Y volvió Manuela con Corvalan á donde estaba su padre.

—El Comandante Cuitiño,—dijo Corvalan luego que pisó la puerta del comedor.

—Con quien viene?

—Con una escolta.

—No le pregunto eso. ¿Crée usted que soi sordo para no haber oido los caballos?

—Viene solo, Excelentísimo Señor.

—Hágalo entrar.

Rosas permaneció sentado en una cabecera de la mesa; Manuela se sentó á su derecha en uno de los costados de ella, dando la espalda á la puerta por donde habia salido Corvalan; Viguá frente á

Rosas, en la cabecera opuesta ; y la criada, poniendo otra botella de vino sobre la mesa á una señal que le hizo Rosas, se retiró para las habitaciones interiores.

La rodaja de las espuelas de Cuitiño se sintió bien pronto sobre el suelo desnudo del gabinete y de la alcoba de Rosas; y este célebre personaje de la federacion apareció luego en la puerta del comedor, trayendo en la mano su sombrero de paisano con una cinta roja de dos pulgadas de ancho, luto oficial que hacía vestir el Gobernador por su finada esposa ; y cubierto con un poncho de paño azul, que no permitía descubrir su vestido sino de la rodilla al pié. Su cabello desgredado caía sobre su tostado semblante, haciendo mas horrible aquella cara redonda y carnuda, donde se veían dibujadas todas las líneas con que la mano de Dios distingue las propensiones criminales sobre las facciones humanas.

—Entre, amigo,—le dijo Rosas ecsaminándolo con una mirada fujitiva como un relámpago.

—Mui buenas noches. Con permiso de Vuecelencia.

—Entre. Manuela, pónle una silla al Comandante. Retírese Corvalan.

Y Manuela puso una silla en el ángulo de la mesa, quedando así Cuitiño entre Rosas y su hija.

—Quiere tomar alguna cosa?

—Muchas gracias, Su Excelencia.

—Manuela, sírvele un poco de vino.

A tiempo que Manuela estendia su brazo para tomar la botella, Cuitiño sacó su mano derecha, doblando la alda del poncho sobre el hombro, y tomando un vaso, sin soltarlo, se lo presentó á Manuela para que le echase el vino, pero al poner sus ojos en el vaso, un movimiento nervioso le hizo temblar el brazo, y temblando hasta hacer golpear la botella contra el vaso, echó una parte de vino en éste, y otra en la mesa:—La mano y el brazo de Cuitiño estaban enrojecidos de sangre. Rosas lo echó de ver inmediatamente, y un relámpago de alegría animó súbito aquella fisonomía encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia. Manuela estaba pálida como un cadáver; y maquinalmente retiró su silla del lado de Cuitiño cuando acabó de derramar el vino.

—A la salud de Vuecelencia y de Doña Ma-

nuelita!—dijo Cuitiño haciendo una profunda reverencia y tomándose el vino, mientras Viguá se desesperaba haciendo señas á Manuela para que se fijase en la mano de Cuitiño.

—Qué anda haciendo?—preguntó Rosas con una calma estudiada, y con los ojos fijos en el mantel.

—Como Vuecelencia me dijo que volviese á verlo despues de cumplir mi comision.

—Qué comision?

—Pues! como Vuecelencia me encargó. . . .

—Ah! sí, que se diese una vuelta por el Bajo. Es verdad, Merlo le contó á Victorica no se qué cosas de unos que se iban al ejército del salvaje unitario Lavalle, y ahora recuerdo que le dije á usted que vijilase un poco, porque este Victorica es buen federal, pero no puede negar que es gallego, y á lo mejor se echa á dormir.

—Pues!

—Y usted anduvo por el Bajo?

—Fuí por ese lado de la Boca, despues de haber convenido con Merlo lo que teniamos que hacer.

—Y los halló?

—Si fueron con Merlo, y, á la seña que me hizo, los cargué!

—Y los trae presos?

—Y que los traía! ¿no se acuerda Vuecelencia lo que me dijo?

—Ah! es verdad! Como estos salvajes me tienen la cabeza como un horno.

—Pues!

—Yo estoi ya cansado; no sé ya qué hacer con ellos. Hasta ahora no he hecho mas que arrestarlos, y tratarlos como un padre trata á sus hijos calaveras. Pero no escarmientan; y yo dije á usted que era preciso que los buenos federales los tomasen por su cuenta, porque al fin, es á ustedes á los que han de perseguir si triunfa Lavalle.

—Qué ha de triunfar!

—A mí no me harán sino un favor en sacarme del mando. Yo estoi en él porque ustedes me obligan.

—Su Excelencia es el padre de la federacion.

—Y, como le decía, á ustedes es á quienes toca ayudarme. Hagan lo que quieran con esos salvajes que no les asusta la cárcel. Ellos han de fusilar á ustedes si triunfan!

—Qué han de triunfar, Señor!

—Y ya le he dicho que esto mismo les diga, como cosa suya, á los demás amigos.

—En cuanto nos reunamos, Su Excelencia.

—Y eran muchos?

—Eran cinco.

—Y los ha dejado con ganas de volver á embarcarse?

—Ya los llevaron en una carreta á la Policía, pues Merlo me dijo que así se lo habia encargado el Jefe.

—A eso se esponen. Yo bien lo siento; pero ustedes tienen razon: ustedes no hacen sino defenderse, porque si ellos triunfan los han de fusilar á ustedes.

—Estos no, Su Excelencia,—dijo Cuitiño, vagando una satisfaccion feróz sobre su repulsiva fisonomía.

—Los ha lastimado?

—En el pescuezo.

—Y vió si tenian papeles?—preguntó Rosas en cuyo semblante no pudo conservarse por mas tiempo la careta de la hipocresía, brillando en él la alegría de la venganza satisfecha, al haber arrancado

con maña la horrible verdad que no le convenia preguntar de frente.

—Ninguno de los cuatro tenía cartas,—respondió Cuitiño.

—De los cuatro? ¿Pues no me dijo que eran cinco?

—Sí, Señor, pero como uno se escapó. . . .

—Se escapó!—esclamó Rosas hinchando el pecho, erguiendo la cabeza, y haciendo irradiar en sus ojos todo el rayo magnético de su poderosa voluntad, que dejó fascinados, como al influjo de una potestad divina, ó infernal, los ojos y el espíritu del bandido.

—Se escapó, Excelentísimo,—contestó inclinando su cabeza porque sus ojos no pudieron soportar mas de un segundo la mirada de Rosas.

—Y quién se escapó?

—Yo no sé quien era, Su Excelencia.

—Y quién lo sabe?

—Merlo lo ha de saber, Señor.

—Y donde está Merlo?

—Yo no lo he visto despues que hizo la seña.

—Pero cómo se escapó el unitario?

—Yo no sé. . . . Yo le diré á Su Excelencia. . . .

Cuando cargamos, uno corrió hácia la barranca. . . . algunos soldados lo siguieron echaron pié á tierra para atarlo; pero dicen que él tenia espada y mató á tres despues, dicen que lo vinieron á proteger y fué por ahí cerca de la casa del cónsul ingles.

—Del cónsul?

—Allá por la Residencia.

—Sí; bien ¿y despues?

—Despues vino un soldado á dar aviso, y yo mandé en su persecucion por todas partes pero yo no lo ví cuando se escapó.

—Y por qué no vió?—dijo Rosas con un acento de trueno, y dominando con el rayo de sus ojos la fisonomía de Cuitiño, en que estaba dibujada la abyeccion de la bestia feróz en presencia de su domador.

—Yo estaba degollando á los otros,—contestó sin levantar los ojos.

Y Viguá, que durante este diálogo habia ido poco á poco retirando su silla de la mesa, no bien escuchó esas últimas palabras, cuando dió tal salto para atrás, con silla y todo, que hizo dar silla y cabeza contra la pared. En tanto que Manuela,

pálida y trémula, no hacia el menor movimiento, ni alzaba su vista por no encontrarse con la mano de Cuitiño, ó con la mirada aterradora de su padre.

El golpe que dió la silla de Viguá hizo volver hácia aquel lado la cabeza de Rosas, y esta fujitiva distraccion bastó, sin embargo, para que él imprimiese un nuevo jiro á sus ideas, y una nueva naturaleza á su espíritu, que cambiaba, segun las circunstancias, de ser, de animacion, y de expresion en el espacio de un segundo.

—Yo le preguntaba todo esto,—dijo, volviendo á su anterior calma:—porque ese unitario es el que ha de tener las comunicaciones para Lavalle, y no porque me pese que no lo haya muerto.

—Ah! si yo lo hubiera agarrado!

—Si yo lo hubiera agarrado! Es preciso ser vivo para agarrar á los unitarios. ¿A que no encuentra al que se escapó?

—Yo lo he de buscar aunque esté en los infernos, con perdon de Vuceleñcia y de Doña Manuelita.

—Qué lo ha de hallar!

—Puede que lo encuentre.

—Sí, yo quiero que me encuentren ese hombre,

porque las comunicaciones han de ser de importancia.

—No tenga cuidado Su Excelencia; yo lo he de hallar, y hemos de ver si se me escapa á mí.

—Manuela llama á Corvalan.

—Merlo ha de saber como se llama; si Su Excelencia quiere. . . .

—Váyase á ver á Merlo. ¿Necesita algo?

—Por ahora, nada, Señor. Yo le sirvo á Vuecelencia con mi vida, y me he de hacer matar donde quiera. Demasiado nos dá á todos Su Excelencia con defendernos de los unitarios.

—Tome, Cuitiño, lleve esto para la familia.—Y Rosas sacó del bolsillo de su chapona un rollo de billetes de banco, que Cuitiño tomó ya de pié.

—Los tomo porque Vuecelencia me los dá.

—Sirva á la federacion, amigo.

—Yo sirvo á Vuecelencia, porque Vuecelencia es la federacion, y tambien su hija Doña Manuelita.

—Vaya, busque á Merlo ¿no quiere mas vino?

—Ya he tomado suficiente.

—Entonces, vaya con Dios;—y estendió el brazo para dar la mano á Cuitiño.

—Está súcia,—dijo el bandido hesitando en dar su mano ensangrentada á Rosas.

—Traiga, amigo; es sangre de unitarios.—Y, como si se deleitase en el contacto de ella, Rosas tuvo estrechada entre la suya, por espacio de algunos segundos, la mano de su federal Cuitiño.

—Me he de hacer matar por Su Excelencia.

—Vaya con Dios, Cuitiño.

Y mientras salia del cuarto, con una mirada llena de vivacidad é intelijencia, midió Rosas aquella guillotina humana que se movia al iuflujo de su voluntad terrible, y cuyo puñal, levantado siempre sobre el cuello del virtuoso y el sábio, del anciano y el niño, del guerrero y la virjen, caía, sin embargo, á sus plantas, al golpe fascinador y eléctrico de su mirada. Porque esa multitud oscura y prostituida que él habia levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la virtud y el talento, habia adquirido desde temprano el hábito de la obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y á la intelijencia dominatríz, cuando se emplean en lisonjearla por una parte, y en avasallarla por otra.

Ciencia infernal cuyos primeros rudimentos los enseña la naturaleza, y que las propensiones, el cálculo y el estudio de los hombres complementan mas tarde. Ciencia única y esclusiva de Rosas, cuyo poder fué basado siempre en la explotacion de las malas pasiones de los hombres, haciendo con los unos perseguir y anonadar á los otros, sin hacer otra cosa que azuzar los instintos y lisonjear las ambiciones de ese pueblo ignorante por educacion; vengativo por raza, y entusiasta por clima.

Y si hubiera sido posible que en medio á la epopeya dramática de nuestra revolucion, las utopías no hubiesen herido la imaginacion de nuestros mayores, el porvenir les habria debido grandes bienes, si en vez de sus sueños constitucionales, y de su quimérica República, hubiesen consultado la índole y la educacion de nuestro pueblo para la aceptacion de su forma política de gobierno; y su ignorancia y sus instintos de raza, para la educacion de moral y de hábitos que era necesario comenzar á darle. Español puro y neto, solo la religion y el trono habian echado raices en su conciencia oscura; y las lanzas tambando el trono, y la demagogia sellando el descrédito y el desprecio en los pór-

ticos de nuestros templos católicos, dejaron sin freno ese potro salvaje de la América, á quien llamaron pueblo libre, porque habia roto á patadas, no el cetro, sino la cadena del Rey de España, no la tradicion de la Metrópoli, sino las imposiciones inmediatas de sus opresores; no por respirar el aire de libertad que dá la civilizacion y la justicia, sino por respirar el viento libre que dá la naturaleza salvaje.

Y asi, ese mismo pueblo, ese mismo potro que se revuelca desde la Patagonia á Bolivia, dió de patadas á la civilizacion y á la justicia, desde que ellas quisieron poner un límite á sus instintos naturales. Rosas lo comprendió, y, sin la corona de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el monarca, y un ídolo imaginario con el nombre "federacion," donde faltaban el predicador y el franciscano.

Pasar del siglo XVI de la España, á los primeros dias del siglo XIX de la Francia, era mas bien un sueño de poétas pastoriles, que una concepcion de hombres de Estado; y los resultados de ese sueño están ahí vivos y palpitantes en la reaccion que representa Rosas: ese Mesías de sangre que

esperaba la plebe argentina, hija fanática de la superstición española, para entonar himnos de muerte en alabanza del absolutismo y la ignorancia: ahí está Cuitiño, la mejor espresion de esa plebe, y ahí está su mano ensangrentada, el mejor canto en loor de su rey, y en homenaje de su fanatismo!





CAPITULO VI.

Victorica.



UENAS noches, Doña Manuelita!—dijo Cuitiño á la hija de Rosas, encontrándola que entraba con Corvalan en el gabinete de su padre.

—Buenas noches!—dijo la jóven refujiándose al lado de Corvalan, cual si temiese el contacto de

aquel demonio de sangre que pasaba junto á ella.

—Corvalan,—dijo Rosas viéndole entrar con Manuela:—vaya usted á llamar á Victorica.

—Acaba de entrar, y está en la oficina. En este momento me preguntaba si podria hablar con Vuecelencia.

—Que entre.

—Voy á llamarlo.

—Oiga usted.

—Señor?

—Monte usted á caballo, vaya á lo del Ministro inglés, hable con él, y dígame que lo necesito ahora mismo.

—Si está durmiendo?

—Que se despierte.

Corvalan saludó, y fué á cumplir sus comisiones, levantándose la faja de seda punzó que en aquel momento se le habia resbalado á la barriga, al peso del espadin que ya tocaba en tierra.

—Que miedo le ha tenido Su Paternidad á Cuitiño! Acérquese á la mesa, que está allí pegado á la pared como una araña. De qué se asustó?

—De la mano,—contestó Viguá acercándose con

su silla á la mesa, y con aire de contentamiento al verse libre de Cuitiño que tan mal momento le habia dado.

—No te has portado bien, Manuela.

—Por qué tatita?

—Porque has tenido repugnancia de Cuitiño.

—Pero usted vió?

—Todo lo ví.

—Y entonces?

—Entonces! tú debes disimular. Oye: á los hombres como el que acaba de salir, es necesario darles muy fuerte, ó no tocarlos: un golpe récio los anonada: un alfilerazo los hace saltar como víboras.

—Pero tuve miedo, Señor.

—Miedo! A ese hombre lo mataría yo con solo mirarlo.

—Miedo de lo que había hecho.

—Lo que habia hecho era por mi conservacion y por la tuya; y nunca te espliques de otro modo cuanto veas y oigas en derredor de mí. Yo les hago comprender una parte de mi pensamiento, aquella que únicamente quiero; ellos la ejecutan, y tú debes manifestarte contenta, y popularizarte

con ellos; primero, porque así te conviene; y, segundo, porque yo te lo mando.—Entre usted, Victorica,—continuó Rosas dando vuelta su cabeza hácia la puerta, al ruido que hacían las pisadas del que entraba.

Victorica era un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años de edad, de estatura mediana, y regularmente formado. La téz quebrantada era algo cobriza; su cabello negro, empezando á pintar en canas; su frente ancha pero carnuda hácia la parte de sus espesas cejas; sus ojos oscuros, pequeños y de una mirada éncapotada y fuerte; dos líneas profundas le quebraban el rostro desde las ventanas de la nariz hasta las estremidades del lábio superior; y una espresion dura y repulsiva estaba sellada en su rostro, donde se notaban mas el estrago que hacen las pasiones fuertes, que el que habian hecho los años; y se cuenta que sobre ese rostro se vió rara vez una sonrisa. El Jefe de la policia de Rosas, estaba vestido de pantalon negro, chaleco grana, y una chaqueta de paño azul con alamares negros de seda; y de uno de los ojales de ella, colgaba una divisa federal de doce pulgadas de largo. En la mano derecha traía col-

gado, en la muñeca, un rebenque de cabo de plata, y en la izquierda su sombrero de paisano, con el luto punzó por la finada esposa del Restaurador de las Leyes.

Despues de una reverencia profunda, pero sin afectacion, ocupó, á invitacion de Rosas, la misma silla en que habia estado Cuitiño.

—Viene usted de la Casa de Policía?—le preguntó Rosas.

—En este momento.

—Ha ocurrido algo?

—Han traído los cadáveres de los que iban á embarcarse esta noche; es decir, tres cadáveres y un hombre espirando.

—Y ese!

—Ya no ecsiste. Me pareció que debía sufrir la suerte de sus compañeros.

—Quién era?

—Lynch.

—Tiene usted los nombres de los otros?

—Sí, Señor.

—Y eran?

—Ademas de Lynch, se ha reconocido ó un tal Oliden, á Juan Riglos, y al jóven Maison.

—Papeles?

—Ningunos.

—Hizo usted firmar á Merlo la delacion ?

—Sí, Señor, todas se firman, como Vucelencia lo ha ordenado.

—La traé usted ?

—Aquí está,—contestó el Jefe de policía sacando del bolsillo exterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos, uno que desdobló sobre la mesa.

—Léala usted,—dijo Rosas.

Y Victorica leyó lo siguiente:

“Juan Merlo, natural de Buenos Aires, de ejercicio carnicero ; miembro de la Sociedad Popular Restauradora, enrolado en los Abastecedores, con licencia temporal por recomendacion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, se presentó al Jefe de policía en la tarde del 2 del corriente, y declaró: Que sabiendo por una criada del salvaje unitario Oleden, con quien él tenia relaciones secretas, que aquel se preparaba á fugar para Montevideo ; se presentó en la mañana siguiente al mismo salvaje unitario Oleden, á quien

conocia desde muchos años, diciéndole que venia á pedirle quinientos pesos prestados porque queria desertar y pasar á Montevideo, no pudiendo efectuarlo sin tener aquella cantidad para pagar su pasaje en un bote de un conocido suyo, que hacia el negocio de conducir emigrados. Que con este motivo, Oliden le hizo muchas preguntas, acabando por convencerse que realmente queria fugar el declarante, comunicándole entonces el pensamiento que él y cuatro amigos más, tenian de emigrar, pero que no conocian ninguno de los hombres dueños de las balleneras que conducian emigrados:— que entonces se le ofreció el declarante á arreglar la fuga de todos, mediante la cantidad de ocho mil pesos, á lo que se convino aquel inmediatamente: que finjió muchas idas y venidas, acabando por citarlos para el dia 4 á las diez de la noche; debiendo ir, el mismo dia 4 á las seis de la tarde, á saber de Oliden el paraje, ó la casa en que se habian de reunir todos á la hora indicada.

“Lo que ponía en conocimiento de la policía para que se lo comunicase á Su Excelencia, como un fiel cumplimiento de sus deberes de defensor de la sagrada causa de la federacion; agregando, que en

todo este asunto, habia tenido el cuidado escrupuloso de consultarlo con D. Juancito Rosas, el hijo de Su Excelencia, y aconsejádose de él.

“Y lo firmó en Buenos Aires á 3 de Mayo de 1840.

“JUAN MERLO.”

—Fué en virtud de esta declaracion, que recibí anoche de Vucelelencia las órdenes que debia dar á Merlo para que se entendiese con el Comandante Cuitiño.

—Cuando volvió usted á hablar con Merlo ?

—Hoy á las ocho de la mañana.

—Y no le dijo á usted si sabia algunos de los nombres de los compañeros de Oliden ?

—Hasta esta mañana, no conocia á ninguno.

—Y hay algo de particular en el suceso de esta noche ?

—Uno de los unitarios ha logrado escaparse, segun me han referido los que escoltaban la carreta.

—Si, Señor, uno se ha escapado, y es forzoso hallarlo.

—Espero que lo hallaremos, Excelentísimo Señor.

—Si, Señor, es preciso hallarlo, porque una vez que la mano del gobierno toque la ropa de un unitario, es necesario que el unitario no pueda decir que la mano del gobierno no sabe apretar. En estos casos, la cantidad de hombres poco importa; tanto mal hace á mi gobierno un hombre solo que se burle de él, como doscientos, como mil.

—Vuecelencia tiene mucha razon.

—Sé bien que la tengo. Además, segun la relacion que se me ha hecho, el unitario que se ha escapado, ha peleado, y, lo que es mas, ha recibido proteccion de alguien; la una como la otra cosa no debe suceder, no quiero absolutamente que suceda. ¿Sabe usted por qué ha estado el país siempre en anarquía? Porque cada uno sacaba el sable para pelear con el gobierno el dia que se le antojaba. Pobre de usted, y pobre de todos los federales, si yo doy lugar á que los unitarios los peleén cuando van á cumplir una órden mia!

—Es un caso nuevo!—dijo Victorica que en realidad comprendía bien toda la importancia fu-

tura de las reflexiones de Rosas, y del suceso acaecido esa noche.

—Es nuevo; y es por eso que es necesario darle atención, porque en el estado actual yo no quiero que haya mas novedades que las mias. Es nuevo, pero antes de mucho tiempo podrá ser viejo, si no se hace pronto un ejemplar.

—Pero Merlo debe haber ido con ellos, y ha de conocer al que se ha escapado?

—Eso falta saber.

—Lo haré buscar ahora mismo.

—No hay necesidad. Otro ha ido en su busca.

—Está bien, Señor.

—Otro se ha encargado de Merlo; y usted sabrá mañana si se conoce ó nó el nombre que deseo saber. En uno ú otro caso tomará usted el camino que deba.

—Sin pérdida de tiempo.

—Vamos á ver, y si Merlo no sabe el nombre, ¿qué hará usted?

—Yo?

—Usted, sí, mi Jefe de policía.

—Daré órdenes á los comisarios, y á los principales agentes de la policía secreta, para que ellos

multipliquen entre sus subalternos la disposicion de encontrar un hombre que. . . .

—Un hombre unitario en Buenos Aires!— dijo Rosas interrumpiendo á Victorica, con una sonrisa sordónica y despreciativa, que puso en confusion al pobre hombre, que creia estar desenvolviendo el mas perfecto plan inquisitorial para la persecucion de un hereje.

—Y vá usted fresco!—continuó Rosas—¿todavía no sabe usted cuantos unitarios hay en Buenos Aires?

—Debe de haber. . . .

—Los que bastan para colgar á usted y á todos los federales, sinó estuviera yo para trabajar por todos, haciendo hasta de Jefe de policia.

—Señor, yo hago por Vucelencia cuanto puedo.

—Puede ser que haga usted cuanto puede, pero no cuanto conviene hacer; y sinó véalo usted en este caso: quiere usted echarse á buscar un unitario por la ciudad, como si dijésemos un grano de trigo en una parba, y tiene en su bolsillo, si nó el nombre del unitario, el camino mas corto de encontrarlo.

—Yo!—esclamó Victorica cada vez mas turbado pero dominándose fuertemente para conservar la serenidad de su semblante.

—Usted, sí, Señor.

—Aseguro á Vuecelencia que no comprendo.

—Y es eso por que me quejo de tener que enseñarlo todo. ¿Por quién supo Merlo la proyectada fuga del salvaje unitario Oliden?

—Por una criada.

—En dónde servia esa negra, mulata, ó lo que sea?

—En la familia de Oliden segun la declaracion.

—En la familia del salvaje unitario Oliden, Señor D. Bernardo Victorica.

—Perdone Vuecelencia.

—Con quién se iba á embarcar el que se ha escapado?

—Con el salvaje unitario Oliden, y con los demas salvajes que lo acompañaban.

—Y usted cree que Oliden salió á la calle á recojer los primeros salvajes que encontró para embarcarse con ellos.

—No, Excelentísimo Señor.

—Entonces, esos salvajes eran amigos de Oliden?

—Es muy natural,—dijo Victorica que empezaba á comprender el punto á donde se dirijia Rosas.

—Entonces, si eran amigos se debian visitar?

—Sin duda.

—Entonces, la criada que delató á Oliden debe saber quienes lo visitaban con mas frecuencia.

—Es muy cierto.

—Quienes estuvieron con él, hoy, ayer y antes de ayer?

—Asi es, debe saberlo.

—Estuvieron, tal y tal y tal; han muerto Maison, Lynch y Riglos; entonces, rastrée por los nombres que no sean esos, y si por ahí no dá con lo que busca, no pierda el tiempo en inómodarse mas.

—El jénio de Vuelencia no tiene igual. Haré exactamente lo que Vuelencia me indica.

—Mejor fuera que lo hiciese sin necesidad de indicaciones; que por no tener nadie que me ayude, tengo que trabajar por todos,—respondióle Rosas.

Victorica bajó los ojos en cuya pupila se habia clavado como una flecha de fuego la mirada impe-

ratriz, y en ese momento despreciativa, de Rosas.

—Ya sabe usted, pues, lo que ha de hacer?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Ha ocurrido alguna cosa particular esta noche?

—Una Señora, Doña Catalina Cueto, viuda, y de ejercicio costurera, ha ido á quejarse de haber dado Gaitán de rebencazos á un hijo de esa Señora, que paseaba á caballo por la plaza del Retiro.

—Quién es el hijo?

—Un estudiante de matemáticas.

—Y qué motivos le dió á Gaitán?

—Gaitán se acercó á preguntarle por qué no usaba la testera federal en su caballo. El muchacho, de diez y seis ó diez y siete años, le respondió, que no la usaba porque su caballo era un buen federal que no necesitaba divisa; y Gaitán, entonces, le dió de rebencazos hasta voltearlo del caballo.

—Hoy son peores los unitarios muchachos!— dijo Rosas reflexionando un momento.

—Ya se lo he dicho á Vuecelencia muchas veces: la Universidad y las mujeres son incorregibles. No hay forma de que los estudiantes usen la divisa con letrero; me ven venir por una calle, y, casi á mi vista, se desatan la cintita que llevan

al ojal, y se la guardan en el bolsillo. Tampoco hay medio para que las mujeres usen el moño fuera de la gorra, y, aun sin gorra, la mayor parte de las unitarias, especialmente las jóvenes, se presentan en todas partes sin la divisa federal. Yo en lugar de Vucelelencia haría prohibir las gorras en las mujeres.

—Han de obedecer,—dijo Rosas con cierto acento de reticencia, cuya reserva solo él podía comprender:—han de obedecer, pero no es tiempo todavía de hacer uso de ese medio que usted echa de menos, y que yo sé cual es. Gaitán ha hecho muy bien. Despache usted á la viuda, y dígale que se ocupe en curar á su hijo. ¿Hay alguna otra cosa?

—Nada absolutamente, Señor. Ah! he recibido una presentación de tres federales conocidos, pidiendo el permiso para la rifa de cedulillas en las fiestas Mayas.

—Que la rifa sea por cuenta de la policía.

—Vucelelencia dispone algunas funciones particulares?

—Póngales los caballitos y la cucaña.

—Nada mas?

—No me pregunte tonterías.—¿Usted no sabe que ese 25 de Mayo es el día de los unitarios? Es verdad que como usted es de España!

—Vuecelencia se equivoca, yo soy Oriental. ¿Dispone Vuecelencia alguna cosa particular esta noche?

—Nada, puede usted retirarse.

—Mañana cumpliré las órdenes de Vuecelencia relativas á la criada.

—Yo no le he dado órdenes: yo le he enseñado lo que no sabe.

—Doy las gracias á Vuecelencia.

—No hay de qué.

Y Victorica, haciendo una profunda reverencia al padre y á la hija, salió de aquel lugar despues de haber pagado, como todos los que entraban á él, su competente tributo de humillacion, de miedo, de servilismo; sin saber positivamente, si dejaba contento ó disgustado á Rosas; incertidumbre fatigosa y terrible en que el sistemático dictador tenia constantemente el espíritu de sus servidores; porque el temor podria hacerlos huir de él, y la confianza podria engreirlos demasiado.

Un largo rato de silencio sucedió á la salida del

Jefe de Policía, pues mientras Rosas y su hija lo guardaban despiertos, absorto cada uno en bien distintas ideas, el repleto Viguá lo guardaba durmiendo profundamente, cruzados los brazos sobre la mesa, y metida entre ellos su cabeza.

—Vete á acostar,—dijo Rosas á su hija.

—No tengo sueño, Señor.

—No importa, es muy tarde ya.

—Pero usted vá á quedarse solo!

—Yo nunca estoy solo. Vá á venir Mandeville y no quiero que pierda el tiempo en cumplimientos contigo; anda.

—Bien, tatita, llámeme usted si algo necesita.

Y Manuela se le acercó, le dió un beso en la frente, y, tomando una vela de sobre la mesa, entró á las habitaciones interiores.

Rosas se paró entonces, y, cruzando sus manos á la espalda, empezó á pasearse al largo de su habitacion, desde la puerta que conducia á su alcoba, por donde habian entrado y salido los personajes que hemos visto, hasta aquella por donde habia ídose Manuela.

Diez minutos habrían durado los paseos, en cuyo tiempo Rosas parecía sumergido en una profun-

da meditacion, cuando se sintió el ruido de caballos que se apróximaban á la casa. Rosas paróse un momento, precisamente al lado de Viguá, y luego que conoció que los caballos habian parado en la puerta de la calle, dió tan fuerte palmada sobre la nuca del mulato, que á no tener en aquel momento posada la frente sobre sus carnudos brazos, se habrian roto sus narices contra la mesa.

—Ay!—esclamó el pobre diablo parándose lo mas pronto posible.

—No es nada; despiértese Su Paternidad que viene jente, y, oiga: cuidado como se vuelva á dormir; siéntese al lado del hombre que entre, y cuando se levante, déle un abrazo.

El mulato miró á Rosas un instante é hizo luego lo que se le habia ordenado, con muestras inequívocas de disgusto.

Rosas sentóse en la silla que ocupaba antes, á tiempo que Corvalan entraba.





CAPITULO VII.

El caballero Juan Enrique Mandeville.



INO el ingles?—preguntó Rosas á su edecan, viéndole entrar.

--Ahí está, Excelentísimo Señor.

--Qué hacia cuando llegó usted?

--Iba á acostarse.

—La puerta de la calle estaba abierta?

—No, Señor.

—Abrieron encuan to se dió usted á conocer?

—Al momento.

—Se sorprendió el gringo?

—Me parece que sí.

—Me parece! ¿para que diablos le sirven á usted los ojos. . . .? ¿preguntó algo?

—Nada. Oyó el recado de Vuestra Excelencia y mandó aprontar su caballo.

—Que entre.

El personaje que vá á ser conocido del lector, es uno de esos que, en cuanto á su egoismo ingles, presenta con frecuencia la diplomacia británica en todas partes, pero que, respecto al olvido de su representacion pública y de su dignidad de hombre, solo se pueden encontrar en una sociedad cuyo gobierno sea parecido al de Rosas, y como esto último no es posible, se puede decir entonces, que solo se encuentran en Buenos Aires.

El Caballero Juan Enrique Mandeville, Plenipotenciario ingles cerca del gobierno Arjentino, habia conseguido de Rosas lo que este mismo negó á su predecesor Mr. Hammilton; es decir, la

conclusion de un tratado sobre la abolicion del tráfico de esclavos. Y de este triunfo sobre Mr. Hammilton, nacieron las primeras simpatías de Mr. Mandeville hácia la persona de Rosas. El no podia desconocer, sin embargo, que quien arrastraba al dictador á la celebracion de aquel pacto el 24 de Mayo de 1839, era la necesidad de buscar en la amistad y proteccion del gobierno de S. M. Británica, un apoyo que le era necesario desde el 23 de Setiembre de 1838. Pero cualesquiera que fuesen las causas, era ese tratado un triunfo para aquel Plenipotenciario, recojido de las manos de Rosas.

Pero los hombres como Rosas, esas escepciones de la especie que no reconocen iguales en la tierra, jamás quieren amigos, ni lo son de nadie : para ellos la humanidad se divide en enemigos y siervos, sean estos de la nacion que sean, é invistan una alta posicion cerca de ellos, ó se les acerquen con la posicion humilde de un simple ciudadano.

El prestigio moral de los tiranos ; esa fuerza secreta que fascina y enferma el espíritu de los hombres, en union con la voluntad intransijible del dictador Argentino, empezaron por insinuarse, y acabaron por dominar el espíritu del Enviado Bri-

tánico ; que, fiado en sus buenas disposiciones personales hacía Rosas, no temió de cultivar y estrechar su relacion individual con él, sin alcanzar á preveer, que hay ciertos contactos en la vida, de que no se sale jamás sino postrado el ánimo y avasallada la voluntad.

Una vez dominado moralmente, todo lo demás era lo menos ; y las humillaciones personales vinieron luego á complementar la obra, haciendo del representante de la poderosa Inglaterra, el mas sumiso federal, sino de la Mas-horca, á lo menos de la clase tribunicia de Rosas, cuya mision era propagar sus virtudes cívicas, dentro y fuera del pais.

Instrumento ciego, pero al mismo tiempo poderoso y con medios eficaces, Rosas vió en él su primer caballo de batalla en la cuestion francesa ; y, en obsequio de la verdad histórica, es preciso decir, que si Rosas no sacó de él todo el provecho que esperaba sacar, no fué por omision del Señor Mandeville, sino por la naturaleza de la cuestion, que no permitia al gabinete de San James obrar segun las insinuaciones de su ministro en Buenos Aires, apesar de sus comunicaciones informativas

sobre la preponderancia que adquiria la Francia en el Plata, y sobre los perjuicios que inferia al comercio Isleño la clausura de los puertos de la República por el bloqueo frances.

La Europa tenía fija su atencion política, en una cuestion actual que afectaba el sistema de equilibrio de sus grandes naciones; y ella era, la cuestion de Oriente. La Rusia, la Prusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia, atendian á esa cuestion, no queriendo, por otra parte, en sus mas altas miras, sino la continuacion de la paz Europea.

Esa cuestion era simplemente una querella hereditaria entre el Sultán y el Pachá de Egipto.

La Francia insistía en que se accediese á las pretensiones de Mehemet-Alí; y la Inglaterra resistía al pensamiento de la Francia, conviniendo solamente en que se agregase al Bajaláto de Egipto una parte de la Siria hasta el monte Carmelo. Pero, entretanto, la Rusia se declaraba protectora natural de Constantinopla contra todo enemigo que avanzase por el Asia Menor: "Obren la Francia y la Inglaterra contra Mehemet-Alí, y dejen á la Rusia que guarde á Constantinopla," decía el Emperador. Pero la Inglaterra, cuyo gabinete

era dirigido por lord Palmerston, tenía la suficiente perspicacia política para no comprender todo el peligro que se corría en dejar el tulipan del Bósforo bajo la planta del Oso del Norte. Y entonces, velando con todos los adornos de la mas hábil diplomacia su negativa á las proposiciones del gabinete de San Petesburgo, lord Palmerston procuró convencerle, y logró reducirle, á que la proteccion que necesitaba Constantinopla se le diese por medio de una escuadra Rusa en el Bósforo, y de otra escuadra combinada Anglo Francesa en los Dardanelos.

Asi pues, el estado de la cuestion de Oriente, en los primeros meses del año 40, era el siguiente: la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia, habian convenido en que Mehemet-Alí quedase reducido á la posesion hereditaria del Egipto; pero la Francia se negaba á consentir en esta resolucion. Todas las potencias, no obstante, estaban convenidas en proteger en combinacion á Constantinopla; sin dejar de observarse unas á otras, con esa desconfianza que marca siempre el carácter de la política internacional de la Europa, de que los americanos no podemos aprender, sino lecciones que, si

enseñan la virtud de la circunspeccion, enseñan tambien el vicio de la mala fé, porque aquella no cesistiria en tan alto grado, si en tan alto grado no se temiesen los efectos del otro.

En tal estado de cosas, fácil es ahora comprender que la Inglaterra no estaba en disposicion de prestar grande atencion á sus mercaderes del Rio de la Plata, cuando tenia, por temor de la Rusia, que estrechar su alianza con la Francia, en presencia de la mas grave cuestion de la actualidad.

El Señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso. Y, decididamente en favor de los intereses personales de Rosas, trabajaba, cuanto le era posible en una posicion como la suya, por imprimir un movimiento contrario á los negocios del Plata; y obra suya fueron las proposiciones de Rosas á Monsieur Martigni, y obra esclusivamente suya la entrevista en *La Acteon*.

Rosas tenía en él una completa confianza; es decir, conocía que Maudeville sentía, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su intelijencia cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mas-horqueros cuando habia una víctima que sacrificar á su sistema.

Tal es el personaje que atraviesa el gabinete y la alcoba de Rosas, y que entra al comedor donde este le espera: Era un hombre todo vestido de negro; de sesenta años de edad; de baja estatura; de frente espaciosa y calva; de fisonomía distinguida; y de ojos pequeños, azules, pero inteligentes y penetrantes, y en ese momento algo encendidos, como lo estaba también el color blanquísimo de su rostro: Esto era natural, pues habían dado ya las tres de la mañana, hora demasiada avanzada para un hombre de aquella edad; y que poco antes se había irritado al calor de una hirviente ponchera, con algunos de sus amigos.

—Adelante, Señor Mandeville!—dijo Rosas levantándose de su silla, pero sin dar un solo paso á recibir al ministro inglés, que en ese momento entraba al comedor.

—Tengo el honor de ponerme á las órdenes de Vuestra Excelencia,—dijo el Señor Mandeville haciendo un saludo elegante y sin afectacion, y acercándose á Rosas para darle la mano.

—He incomodado á usted, Señor Mandeville!—le dijo Rosas con un acento suave é insinuante, é indicándole con un movimiento de mano, que un

frances llamaría *comme il faut*, la silla á su derecha en que debia á sentarse.

—Incomodarme! ¡Oh no, Señor jeneral! Vuestra Excelencia me dá, por el contrario, una verdadera satisfaccion cuando me hace el honor de llamarme á su presencia. La Señorita Manuelita lo pasa bien?

—Muy buena.

—No lo pensé así, desgraciadamente.

--Y por qué, Señor Mandeville?

—Porque siempre acompaña á Vuestra Excelencia á la hora de su comida.

—Cierto.

—Y no tengo en este momento el placer de verla.

--Acaba de retirarse.

—Ah! soy bastante desgraciado en no haber llegado unos minutos antes!

--Ella lo sentirá tambien.

—Oh! ella es la mas amable de las arjentinas!

—A lo menos hace cuanto es posible por ser amable.

—Y lo consigue?

—Doy á usted las gracias por ella. Sin em-

bargo, no tiene usted porque quejarse de esta noche. /

—Por qué nó, jeneral?

—Porque usted la ha pasado agradablemente en su casa.

—Vuestra Excelencia tiene razon, hasta cierto punto.

—Cómo?

—Que Vuestra Excelencia tiene razon en decir que he pasado agradablemente algunas horas, pero yo no soy completamente feliz, sino cuando estoy en sociedad con las personas de la familia de Vuestra Excelencia.

—Es usted muy amable, Señor Mandeville.—dijo Rosas con una sonrisa tan sutil y tan maliciosa que no habría podido ser distinguida de otro hombre menos perspicáz y acostumbrado al lenguaje de la acentuacion y de la fisonomía, que el Señor Mandeville.

—Si usted lo permite,—continuó Rosas,—daremos por concluidos los cumplimientos, y hablaremos de algo mas sério.

—Nada puede serme mas satisfactorio que ponerme en armonía con los deseos de Vuestra Exce-

lencia,—contestó el diplomático aproximando su silla á la mesa, y acariciando, mas bien por costumbre que por ocasion, los cuellos de batista de su camisa, no mas blancos que la mano que los tocaba, prolijamente cuidada, y cuyas uñas rosadas y perfiladas eran el mejor testimonio de la raza á que pertenecia el Señor Mandeville: esa raza sajona que se distingue especialmente por los ojos, por los cabellos y por las uñas.

—Para que dia piensa usted despachar el paquete?—le preguntó Rosas cruzando su brazo sobre el respaldo de una silla.

—Por la Legacion quedará despachado para mañana; pero si Vuestra Excelencia desea que se demore por mas tiempo. . . .

—Precisamente lo deseo.

—Entonces yo daré mis órdenes para que se demore todo el tiempo que necesite Vuestra Excelencia para concluir sus comunicaciones.

—Oh, mis comunicaciones han quedado concluidas desde ayer!

—Vuestra Excelencia me permitirá hacerle una pregunta?

—Cuantas usted quiera.

—Podría saber qué motivo hay para detener el paqueté, no siendo para esperar comunicaciones de Vuestra Excelencia?

—Es bien sencillo, Señor Mandeville.

—Vuestra Excelencia despacha algun ministro?

—No hay para qué.

—Entonces no alcanzo á comprender....

—Mis comunicaciones están prontas pero las de usted no lo están.

—Las mias?

—Ya lo ha oido usted.

—Creo haber dicho á Vuestra Excelencia que están terminadas, hasta cerradas, desde ayer, y solo me faltan algunas cartas particulares.

—No hablo de cartas.

—Si Vuestra Excelencia se dignase explicarme....

—Yo creo que la obligacion de usted, es informar fielmente y con datos verdaderos al gobierno de Su Magestad, sobre la situacion en que quedan los negocios del Rio de la Plata á la salida del paquete para Europa. ¿No es así?

—Exactamente, Excelentísimo Señor.

—Pero usted no ha podido hacerlo porque carece de aquellos datos.

—Yo hablo á mi gobierno de las cuestiones jenerales, de los sucesos públicos, pero no puedo informarle de actos que pertenezcan á la política interior del gabinete argentino, porque me son totalmente desconocidos.

—Eso es muy cierto ¿pero sabe usted bien lo que valen esas cuestiones jenerales, Señor Mandeville?

—Lo que valen?—dijo el ministro repitiendo la frase para dar un poco de tiempo á sus ideas y no aventurar una respuesta, pues Rosas iba ya pisando su terreno habitual, es decir el campo de las ideas sólidas y desnudas de palabreo, con quienes se iba á fondo sobre el espíritu de los otros, cuando discutía alguna materia grave, ó cuando quería domeñar su intelijencia con golpes súbitos y récios.

—Lo que valen, si, Señor: Lo que valen para ilustrar al gobierno á quien tales jeneralidades se escriben.

—Valen

—Nada, Señor ministro.

—Oh!

—Nada. Ustedes los europeos abundan siempre en jeneralidades cuando quieren aparentar que conocen á fondo una cosa que totalmente ignoran. Pero ese sistema les dá un resultado contrario del que se proponen, porque habitualmente jeneralizan sobre principios falsos.

—Vuestra Excelencia quiere decir. . . .

—Quiero decir, Señor ministro, que habitualmente hablan ustedes de lo que no entienden, á lo menos en mi pais.

—Pero un ministro extranjero no puede saber las individualidades de una política en que no toma parte.

—Y es por eso que el ministro extranjero, si quiere informar con verdad á su gobierno, debe acercarse al jefe de aquella política y escuchar y apreciar sus esplicaciones.

—Esa es mi conducta.

—No siempre.

—A pesar mio.

—Puede ser. . . . vamos: ¿conoce usted el verdadero estado de los negocios actualmente? O mas bien, y hablando en las jeneralidades que gustan á usted tanto ¿cuál es el espíritu de las comunica-

ciones que dirige á su gobierno, respecto del mio ?

—El espíritu ?

—Justamente ; ó, con mas claridad ¿ en esas comunicaciones me determina usted en buena ó mala situacion ? ¿ espera usted el triunfo de mi gobierno, ó el triunfo de la anarquía ?

—Oh, Señor.

—Eso no es contestar.

—Ya lo veo.

—Luego ?

—Luego qué ? Excelentísimo Señor.

—Luego qué me responde usted.

—Sobre la situacion en que se encuentra el gobierno de Vuestra Excelencia en la actualidad ?

—Precisamente.

—Me parece

—Hable usted con franqueza.

—Me parece que todas las probabilidades están por el triunfo de Vuestra Excelencia.

—Pero ese parecer lo funda usted en algo ?

—Sin duda.

—Y es en qué, Señor ministro ?

—En el poder de Vuestra Excelencia.

—Bah! esa es una frase muy vaga en el caso de que nos ocupamos!

—Vaga, Señor!

—Indudablemente, pues si yo en efecto tengo poder y medios, también poder y medios tienen los anarquistas. ¿No es verdad?

—Oh! Señor!

—Por ejemplo: ¿Sabe usted el estado de Lavallo en el Entre-Rios?

—Sí, Señor: está imposibilitado para moverse después de la batalla de D. Cristóbal, en que las armas de la Confederación obtuvieron tan completo triunfo.

—Sin embargo, el general Echagüe está en inacción por falta de caballos.

—Pero Vuestra Excelencia, que todo lo puede, hará que el general tenga los caballos que le faltan.

—Sabe usted el estado de Corrientes?

—Creo que, derrotado Lavalle, la provincia de Corrientes volverá á la liga federal.

—Entretanto, Corrientes está en armas contra mi gobierno, y ya son dos provincias.

—En efecto, son dos provincias, pero....

—Pero qué?

—Pero la Confederación tiene catorce.

—Oh! no tantas!

—Decía Vuestra Excelencia?....

—Que hoy no son catorce; porque no pueden contarse como provincias federales las que están en sublevación con los unitarios.

—Cierto, cierto, Excelentísimo Señor, pero el movimiento de esas provincias no es de importancia, en mi opinión á lo menos.

—No dije á usted que sus jeneralidades habian de estar fundadas sobre datos falsos!

—Lo cree Vuestra Excelencia?

—Yo creo lo que digo, Señor ministro. Tucuman, Salta, la Rioja, Catamarca y Jujuy, son provincias de la mayor importancia; y ese movimiento de que usted ha hablado, no es otra cosa que una verdadera revolución con muchos medios y con muchos hombres.

—Sería una cosa lamentable!

—Como usted lo dice. Tucuman, Salta y Jujuy, me amenazan por el Norte hasta la frontera de Bolivia; Catamarca y la Rioja, por el Oeste

hasta la falda de la Cordillera, Corrientes y Entre-Ríos por el litoral, y todavía.—¿Quién más, Señor ministro?

—Quién más?

—Sí, Señor, eso pregunto; pero yo lo diré, ya que usted tiene miedo de nombrar á mis enemigos: á más de aquellos, me amenaza Rivera.

—Bah!

—No vale tan poco como usted piensa, pues hoy tiene un ejército sobre el Uruguay.

—Que no pasará.

—Es probable: pero es preciso creer que ha de pasar; y entonces me vé usted rodeado por todas partes de enemigos, alentados, favorecidos y protegidos por la Francia.

—En efecto, la situación es grave!—dijo el Señor Mandeville, soltando palabra por palabra, en una verdadera perplejidad de ánimo, no pudiendo explicarse el objeto que se proponía Rosas con descubrir él mismo los peligros que le amenazaban, cosa que en la astucia del dictador, no podía menos que tener alguna segunda intención muy importante.

—Es muy grave!—repitió Rosas, con un aplo-

mo y una sangre fria que acabó de intrigar el espíritu del diplomático.—Y despues que conoce usted los elementos de ese peligro,—continuó Rosas,—querrá usted decirme ¿ en qué fundará ante su gobierno la esperanza de mi completo triunfo sobre los unitarios, porque no dude usted que yo habré de obtener ese completo triunfo ?

—Pero en qué mas, Excelentísimo Señor, que en el poder, en el prestigio, en la popularidad de Vuestra Excelencia que le han dado su renombre y su gloria ?

—Bah ! Bah ! Bah !—esclamó Rosas riéndose naturalmente como hombre que compadece ó que desprecia á otro por su ignorancia.

—Yo no sé, Señor jeneral,—dijo Mandeville descompuesto al ver el inesperado resultado de su cortesana lisonja, ó mas bien, de la espresion de sus creencias,—en cual de las palabras que acabo de tener el honor de pronunciar está al oríjen desgraciado de la risa de Vuestra Excelencia !

—En todas, Señor diplomático de Europa,—respondió Rosas con ironía descubierta.

—Pero, Señor !

—Oígame usted, Señor Mandeville ; todo cuanto

acaba usted de decir está muy bueno para repetirlo entre el pueblo, pero muy malo para escribírselo á lord Palmerston, á quien llaman los unitarios de Montevideo el *eminente* ministro.

—Me haria el honor Vuestra Excelencia de explicarme el por qué?

—A eso voy. He detallado á usted todos los peligros que en la actualidad rodean á mi gobierno, es decir, al órden y á la paz de la Confederacion Argentina. ¿No es cierto?

—Muy cierto, Excelentísimo Señor.

—¿Y sabe usted por qué acabo de enumerarle, esos peligros? ¡Oh! usted no lo ha comprendido no se ha dado cuenta de la causa de mi franqueza que lo ha dejado vacilante y perplejo! pero yo se la explicaré: He dicho á usted lo que ha oido, porque sé bien que de esta entrevista estenderá un protocolo que enviará luego á su gobierno; y esto es precisamente lo que yo mas deseo.

—Vuestra Excelencia quiere eso!—dijo el Señor Mandeville mas admirado ahora, que intrigado antes.

—Lo quiero, y la razon es, que me conviene que el gobierno ingles sepa aquellos detalles por mí

mismo, antes que por los órganos de mis enemigos, ó á lo menos, que lo sepa al mismo tiempo por ambos. ¿Entiende usted ahora mi pensamiento? ¿Qué haría, qué ganaría yo con ocultar al gobierno ingles una situacion que él habrá de saber pública y oficialmente por mil distintos conductos? Ocultarla, sería descubrir temores de mi parte, y no temo, absolutamente no temo á mis actuales enemigos.

—Es por eso que dije á Vuestra Excelencia que con su poder. . . .

—Dáale con el poder, Señor Mandeville!

—Pero si no es con el poder. . . . si Vuestra Excelencia no tiene poder. . . .

—Tengo poder, Señor ministro,—le interrumpió Rosas bruscamente, con lo que acabó el Señor Mandeville de perder la última esperanza de comprender en aquella noche á Rosas; y sin saber que le convenía decir, pronunció la palabra:

—Entonces. . . .!

—Entonces! Entonces! Una cosa es tener poder, y otra es contar con el poder para libertarse de una mala situacion. ¿Cree usted que lord Palmerston no sabe sumar y restar? ¿Cree usted

que si suma el número de enemigos y elementos que, con el poderoso auxilio de la Francia, amenazan el gobierno y el sistema federal del país, el ministro *eminente* tenga mucha confianza en el triunfo mio, aun cuando le presente usted una igual suma de poder á mis órdenes? ¿Y cree usted, entonces, que se tomase mucho empeño en apoyar á un gobierno cuya situacion no le ofrecia probabilidades de ecsistencia mas allá de algunos meses, de algunas semanas? ¿Piensa usted que se anda mas pronto, dado el caso que su gobierno quisiera protegerme contra mis enemigos auxiliados por la Francia, de Londres á Paris, y de Paris á Buenos Aires, que de Entre-Rios al Retiro, y de Tucuman á Santa Fé, y que esto no lo conocería lord Palmerston? Bah, Señor Mandeville, yo nunca he esperado gran cosa del gobierno ingles en mi cuestion con la Francia, pero ahora espero menos, desde que las informaciones que van á ese gobierno son escritas por usted sobre los cálculos de mi poder!

—Pero, Señor jeneral,—dijo Mandeville desesperado porque cada vez comprendia menos el pensamiento de Rosas, oculto entre aquella nube de ideas, que, al parecer, la daba vida el mismo

Rosas para anunciar con ella la tempestad que lo rodeaba y que debía quebrantarlo y postrarlo,—si no es con el poder, con los ejércitos, con los federales, en fin, con quién piensa Vuestra Excelencia vencer á los unitarios ?

—Con ellos mismos, Señor Mandeville,—dijo Rosas con una flema alemana, fijando su mirada escudriñadora en la fisonomía de aquel, para observar la impresion causada al levantar de súbito el telon de boca que cubriá el misterioso escenario de su pensamiento.

—Ah!—esclamó el ministro, dilatándosele los ojos cual acababa de expandirse su imaginacion en el inmenso círculo que habíale trazado aquellas tres palabras, en cuyas veía la esplicacion de todas las reticencias y paradojas que un momento antes no podia esplicarse, apesar de su esperiencia y talento de gabinete con que de vez en cuando solía adivinar las reservas de Rosas.

—Con ellos mismos,—continuó éste tranquilamente.—Y ese es hoy mi principal ejército, mi poder mas irresistible, ó mejor dicho, mas destructor de mis enemigos.

—En efecto, Vuestra Excelencia me conduce á

un terreno en el que, francamente, yo no habia pensadó.

—Ya lo sé,—contestóle Rosas, que no perdonaba ocasion de hacer sentir á los otros sus errores ó su ignorancia.—Los unitarios—continuó—no han tenido hasta hoy, ni tendrán nunca lo que les falta para ser fuertes y poderosos, por mas que sean muchos y con tan buen apoyo. Tienen hombres de gran capacidad, tienen los mejores militares de la República, pero les falta un centro de accion comun: todos mandan, y por lo mismo, ninguno obedece. Todos van á un mismo punto, pero todos marchan por distinto camino, y no llegarán nunca. Ferrer no obedece á Lavalle, porque es el gobernador de una provincia, y Lavalle no obedece á Ferrer, porque es el jeneral de los unitarios, el jeneral *Libertador*, como ellos le llaman. Lavalle necesita de la cooperacion de Rivera, porque Rivera entiende nuestras guerras, pero su amor propio le hace creer que él solo se basta, y desprecia á Rivera. Rivera necesita obrar en combinacion con Lavalle, porque Lavalle es un jefe del pais, y sobre todo, porque la oficialidad de este no la tiene Rivera, pero Rivera, desprecia á Lavalle porque no

es montonero, y lo aborrece porque es porteño. Los hombres de pluma, los hombres de gabinete, como ellos se llaman, aconsejan á Lavalle; Lavalle quiere seguir esos consejos, pero los hombres de espada que le acompañan desprecian á los que no están en el ejército, y Lavalle, que no sabe mandar, dá oídos á la gritería de sus subalternos, y por no disgustarlos, se pone en anarquía con los hombres de saber que hay en su partido. Todos los nuevos unitarios de las provincias, por lo mismo que son unitarios, están enfermos del mismo mal que aquellos, es decir, cada uno se cree un jefe, un ministro, un gobernador, y nadie quiere creerse ni soldado, ni empleado, ni ciudadano. Entonces, Señor ministro de Su Majestad la Reina inglesa, cuando se tienen tales enemigos, el modo de destruirlos es darles tiempo á que se destruyan ellos mismos, y eso es lo que hago yo.

—Oh! muy bien! ¡es un magnífico plan!—dijo alborozado el Señor Mandeville.

—Permítame usted, que no he concluido,—dijo Rosas con la misma flema.—Cuando se tiene tales enemigos, decia, no se les cuenta por el número, sino por el valor que representa cada fracción,

cada círculo, cada hombre; y comparando esas fracciones luego con el poder contrario, sólido, organizado, donde nadie manda sino uno solo, y donde todos los demas obedecen como los brazos á la voluntad, se deduce entonces que el triunfo de este último poder es seguro, infalible aun cuando aparezca mas pequeño comparado con el total de sus enemigos en masa. ¿Está usted enterado ahora del modo como se debe apreciar la situacion de mis enemigos y la mia?—preguntó Rosas que no habia perdido ni un momento el aplomo con que habia empezado á desenvolver su original plan de campaña, que era el resultado de ese estudio prolijo que, en su vida pública, habia hecho de los enemigos que lo habian combatido, y que, queriendo destruirlo, le dieron esa grandeza de poder y de medios que lo hicieron tan respetable á los ojos del mundo, y que él por sí solo no tuvo nunca, ni el talento, ni el valor de conquistarla.

—Oh! lo comprendo, lo comprendo, Excelentísimo Señor!—dijo el ministro frotándose sus blancas y cuidadas manos, con esa satisfaccion viva que tiene todo hombre que acaba de salir venturosa-

mente de una incertidumbre, ó de un conflicto.— Reformaré mis comunicaciones y haré que el pensamiento de lord Palmerston se fije ilustradamente en la situación de los negocios, bajo el punto de vista que tan hábil, tan acertadamente acaba de determinar Vuestra Excelencia.

—Haga usted lo que quiera. Lo único que yo deseo es que se escriba la verdad,—dijo Rosas con cierto aire de indiferencia, al través del cual el Señor Mandeville, si hubiese estado con menos entusiasmo en ese momento, habria descubierto que la escena del disimulo comenzaba.

—El saber la verdad, en el gabinete inglés importa hoy tanto, como á Vuestra Excelencia el que se haga saber esa verdad.

—A mí?

—Cómo! ¿Vuestra Excelencia no miraría como el mas grande apoyo posible el auxilio de la Inglaterra.

—En qué sentido?

—Por ejemplo, si la Inglaterra obligase á la Francia á la terminacion de su cuestion en el Plata, no seria para Vuestra Excelencia la mitad del triunfo sobre todos sus enemigos?

—Pero esa interposicion de la Inglaterra no me la ha ofrecido usted desde el comenzamiento del bloqueo?

—Es muy cierto, Excelentísimo Señor.

—Y de paquete á paquete, no se ha pasado el tiempo sin recibir usted las instrucciones que siempre pide y que nunca le llegan?

—Cierto, Excelentísimo Señor, pero esta vez, á la menor insinuacion del gobierno ingles, el gobierno de Su Majestad el Rey de los franceses despachará un Plenipotenciario que arregle con Vuestra Excelencia esta malhadada cuestion. Hoy no puedo ponerlo en duda.

—Y por qué?

—El gobierno frances se encuentra hoy en una posicion terrible, Excelentísimo Señor. En la Aljería la guerra se ha encendido con mas vigor que nunca; Abd-el-kader se presenta hoy como un enemigo formidable. En la cuestion de Oriente, la Francia sola tiene pretensiones diferentes y contrarias á las otras cuatro grandes potencias que se interponen entre el Sultan y el Pachá de Ejipto; quince navíos, cuatro fragatas, y otros buques menores han sido enviados por el gobierno frances

á los Dardanelos, y si él insiste en sus pretensiones, ó si la Rusia se sostiene en proteger á Constantinopla, dentro de poco el Rey Luis Felipe tendrá necesidad de enviar todas sus escuadras al Bósforo y á los Dardanelos. En el interior, la Francia no está mas tranquila, ni mas segura. La tentativa de Strasburgo ha puesto en accion á todos los napoleonistas, y los antiguos partidos empiezan á levantar su bandera parlamentaria. El ministerio Soult, si no ha caido ya, caerá pronto, y la oposicion mina y trabaja por colocar en la presidencia del consejo á alguno de sus miembros eminentes. En tal situacion, la Francia necesita consolidar mas que nunca su alianza con la Inglaterra; y por una cuestion, para ella de tampoco interés, como es la del Plata; el gabinete frances no querrá hacer á lord Palmerston un desaire bien peligroso en estas circunstancias.

—Hágalo ó no lo haga, para mí es indiferente, Señor ministro. Yo no corro peligro en Constantinopla, ni en Africa, y por lo que hace al bloqueo, no es á mí á quien mas perjudica, como usted lo sabe.

—Ya lo sé, ya lo sé, Excelentísimo Señor: es el

comercio británico el que sufre por este prolongado bloquéo.

—Sabe usted qué capital ingles está encerrado en Buenos Aires porque la escuadra francesa no lo deja salir?

—Dos millones de libras en frutos del pais que se deterioran cada dia.

—Sabe usted cuanto es el gasto mensual que se hace por el cuidado de esos frutos?

—Veinte mil libras, Excelentísimo Señor.

—Exactamente.

—Todo eso acabo de comunicarlo á mi gobierno.

—Sabe usted que capital británico en manufacturas ha sido interrumpido en su tránsito y depositado la mayor parte en Montevideo?

—Un millon de libras. Tambien lo he comunicado á mi gobierno.

—Me alegro que lo sepa, ya que quiere sufrir esos perjuicios. Son ustedes los interesados. Por lo que hace á mí yo sé como defenderme del bloquéo.

—Yo he repetido muchas veoes que Vuestra Excelencia lo puede todo,—dijo el ministro con una sonrisa la mas insinuativa y cortesana, pero

al mismo tiempo con la espresion de una verdad sentida.

—No todo, Sr. Mandeville,—dijo Rosas echándose para atras en su silla y fijando sus ojos como dos flechas sobre la fisonomía de aquel en quien al parecer iba á estudiar el fondo de su conciencia,—no todo, por ejemplo, cuando algun ministro extranjero abre las puertas de su casa á un unitario perseguido por la justicia y me lo oculta, yo no puedo contar con la franqueza de él para que venga á darme cuenta de tal suceso, y pedirme una gracia que yo concederia sin esfuerzo.

—Como! Ha sucedido tal cosa? Por mi parte yo no sé á que ministro se refiere Vuestra Excelencia.

—Usted no lo sabe Señor Mandeville?—dijo Rosas acentuando una por una sus palabras, con sus ojos clavados, sin pestañear, en la fisonomía de Mandeville.

—Doy á Vuestra Excelencia mi palabra de. . . .

—Basta,—lo interrumpió Rosas, que antes de que hablase Mandeville se habia convencido de que en efecto ignoraba aquello que á él le interesaba saber, y porque únicamente lo habia llamado á su

presencia.—Basta,—repitió, y se levantó para no descubrir en su rostro el sentimiento de rabia que en aquel momento le conmovía.

Mandeville habia vuelto á sus perplejidades anteriores cerca de aquel hombre de quien jamás otro alguno podia estar, ni retirarse satisfecho y tranquilo.

Rosas acababa de dar un paseo por la habitacion cuando de repente paróse, y poniendo su mano sobre el respaldo de la silla de Viguá, que habia estado batallando horriblemente con el sueño durante esta larga conversacion de que no habia entendido una sola palabra, quedó en la actitud de un hombre que reconcentra en su oido toda la sensibilidad de su alma. El motivo era ya perceptible: un caballo á todo galope se sentía venir del Oeste por la calle del Restaurador; y en un minuto, el ruido de sus cascos vibraba en la cuadra de la casa de Rosas.

—Algun parte de la policia,—dijo el Señor Mandeville que quería de algun modo anudar la conversacion tan bruscamente rota; y que comprendía la atencion de Rosas.

Rosas lo bañó con una mirada de desprecio, y le dijo:

—No, Señor ministro ingles: ese caballo viene de la campaña, y el hombre que lo ha sentado contra la puerta de mi casa, no es celador, ni comisario de policía, sino un buen gaucho.

El ministro hizo un ligero movimiento de hombros y se levantó.

A ese tiempo, el general Corvalan entró al comedor con un pliego en la mano.

Rosas lo abrió, y no bien hubo leído las primeras líneas cuando una espresion de furor salvaje inundó su rostro, pero tan súbita que el Señor Mandeville, que habia percibídola con facilidad, quedó en duda si habia sido acaso una ilusion de optica, ó una realidad.

—Conque, Señor Mandeville, usted se retira,—dijo Rosas interrumpiendo la lectura del pliego, y estendiendo la mano al Señor Mandeville que ya estaba con el sombrero en la suya.

—Vuestra Excelencia descanse en sus amigos.

—Cuándo piensa usted despachar el paquete?—

preguntó Rosas sin haber oído siquiera las palabras del ministro.

—Pasado mañana, Excelentísimo Señor.

—Es mucho tiempo. Haga usted trabajar bien á su secretario, y que el paquete salga mañana á la tarde, ó mas bien, hoy á la tarde porque ya son las cuatro de la mañana.

—Saldrá á las seis de la tarde, Excelentísimo Señor.

—Buenas noches, Señor Mandeville.

Y se retiró este ministro despues de tres ó cuatro profundas reverencias.

—Corvalan, que acompañen al Señor, y vuelva usted.

—Señor! Señor! que le hago al gringo?—dijo Viguá.

Pero Rosas sin oírle se sentó, estendió el pliego sobre la mesa, y, apoyando la frente sobre sus dos manos, continuó leyendo, mientras á cada palabra sus ojos se inyectaban de sangre, y pasaban por su frente todas las medias tintas de la grana, del fægo y de la palidéz.

Un cuarto de hora despues, él mismo habia cer-

rado la puerta exterior de su gabinete y se paseaba por él á pasos ajitados, impelido por la tormenta de sus pasiones que se hubieran podido definir y contar en los visibles cambios de su fisonomía.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE

DEL

TOMO PRIMERO.



Los Editores	PAG.	3
Esplicacion		5
CAPÍTULO I. Traicion		7
“ II. La primera curacion....		43
“ III. Las cartas		81
“ IV. La hora de comer		95
“ V. El Comandante Cuitiño.		137
“ VI. Victorica		153
“ VII. El caballero Juan Enri- que Mandeville		171



